

EL MUNDO.

TOMO II.

MEXICO, JULIO 17 DE 1898.

NUMERO 3.



El Mariscal Blanco, Capitán General de la Isla de Cuba.

LA SEMANA

14 de Julio.—Festividad democrática.—Regocijos públicos.—Una mujer abogado.—Esperanzas de emancipación.—La mujer libre.

La Colonia Francesa ha conmemorado con la pompa usual y el regocijo y entusiasmo que le son característicos, el aniversario de la toma y destrucción de la Bastilla.

Todo México se ha asociado á esa conmemoración. Hay para ello razones de orden frívolo, pero las hay también de orden elevado y serio. Celebramos con los franceses el 14 de Julio, como con los españoles á la virgen de Covadonga, desde luego, porque es una fiesta, una ocasión, siempre bien venida para nosotros, de echar una cana al aire, de abandonar el trabajo y los negocios, de olvidar las preocupaciones y enojos cotidianos.

Si es cierto, como lo afirma Stuart Mill, que la mejor manera de ser feliz es no preocuparse de la felicidad y que los goces más delicados son no los que deliberadamente se buscan y preparan, sino los que sobrevienen inesperadamente, los que se cosechan al paso sin haber salido á su encuentro; nosotros somos unos de los pueblos menos felices de la tierra, porque nuestra preocupación dominante es buscar los placeres y alcanzar la felicidad. Gozar! buscar afanosamente en los arenales de la vida la pepita brillante y valiosa; atrapar al paso la brizna fugitiva del placer; y una vez atrapada, gozarla en el presente aun cuando se haya de llorarla mañana; divagarse con el goce frívolo del momento, descuidando la previsión del porvenir; gastar en las tandas hoy el peso del gasto de mañana; *pintar venado* para no desaprovechar la ocasión de pescar jules en una zanja; hacer San Lunes, á trueque de perder el jornal y el empleo de que se subsiste; faltar á una cita de importancia por dormir una siesta reparadora; romper la alcancía para improvisar una tamalada, y empeñar el *jorongo* para preparar mole y pulque curado, tal es nuestro modo de ser y la fórmula abreviada en que condensamos la vida.

Por eso somos capaces de asociarnos á cualquier conmemoración, lo mismo á la de la caída del Imperio Romano, que á la de la toma de Constantinopla. Pero tratándose del 14 de Julio, hay, ya lo decíamos, razones de carácter superior, que nos instigan y estimulan á celebrar ese aniversario al igual de los franceses mismos.

El 14 de Julio es una conmemoración no francesa, sino humana. La toma y destrucción de la Bastilla simbolizan la conquista de todos los privilegios por el pueblo y el derrumbamiento de todo un régimen abusivo é injusto.

La humanidad entera ha recibido el contra golpe de una revolución, sangrienta y cruel, asoladora y arrasadora; pero ha cosechado los bienes inapreciables que derivan de sus principios. No sólo Francia, sino el resto de Europa y toda América, es decir, el mundo civilizado, han recibido de aquella revolución una orientación nueva y mejor hacia la libertad, la democracia y la justicia. Nuevos horizontes se han abierto, grandes emancipaciones se han realizado; el hombre puede hoy ser más grande y más feliz, el progreso social más rápido y más sólido, y especialmente en el orden económico, el principio de libertad del trabajo, el derecho de todos á todo género de propiedad, la abolición casi completa de los monopolios y la de los gremios, han regenerado al mundo y permitido el colosal desenvolvimiento industrial moderno.

Más ó menos claramente, franceses y extranjeros comprenden estas grandes cosas, tienen la intuición de estos grandes principios y perciben su fecundidad, y cuando se trata de festejar, de solemnizar simbólicamente su eclosión y su difusión, las ceremonias y regocijos encuentran eco en todos los espíritus y simpatías en todos los corazones.

Además; el colmo del placer es divertirse entre franceses. El francés es por excelencia sociable; la forma habitual de su humor es la alegría, la de su trato la finura y la pulcritud, la de su carácter la expansibilidad. El inglés se divierte, si es que los ingleses se divierten, friamente, con circunspección, en silencio, cada cual para sí; el francés se divierte en voz alta, su alegría no se concentra como en el foco de una linterna sorda, sino que irradia, se esparce, lo inunda y lo ilu-

mina todo como una lámpara de Siemens; el italiano, el español, el mexicano, son también entusiastas, pero sin freno; turbulentos, pero sin mesura; halarquientos, pero sin moderación; pasan fácilmente de la chanza á la ofensa; del entusiasmo á la agresión; de la anécdota salada al cuento verde; del desparpajo á la licencia. Si melosos empalagan; si asiduos importunan, si obsequiosos hastian; se empeñan en hartarnos y nos importunan; son exigentes, nos fuerzan á imitar sus locuras, y antes nos piden placer para ellos, que nos comunican el suyo. El francés, por el contrario, parece preocuparse exclusivamente de nuestra comodidad y no de la suya, de nuestra satisfacción y no de sus goces; sabe conservarse en límites razonables de expansión, refrena sus impulsos; cuando se prodiga se está vigilando y nunca es más dueño de su razón que cuando parece haber perdido el juicio. Además, el francés bebe, pero no se embriaga; chancea, pero no insulta; retoza, pero no maltrata. De ahí que todo el mundo esté contento entre franceses, que en sus fiestas reinen no sólo la alegría y la cordialidad, sino la más absoluta corrección y que se pueda confiadamente á su lado pasar horas gratas y momentos de placer sin mezcla.

Esa medida, esa expansión contenida, esa pulcritud sin mogigatería y esa desenvoltura sin licencia, constituyen el secreto de sus fiestas siempre animadas y siempre brillantes y á la vez pacíficas y tranquilas.

* * *

Tenemos el gusto de participar á nuestras lectoras *litigantas* que ya tienen á su disposición una *abogada* á quien encomendar sus pleitos. María Asunción Sandoval es la Matilde Montoya de la Jurisprudencia, la primera dama mexicana titulada de abogado. Ya veo desde aquí el gestito de disgusto de muchas lectoras al recibir la estúpida noticia: ¡Por manera, se dirán, que esa mujer prefiere hojear el Digesto en vez del libro de cocina; ensartar argumentos y no agujas, coser latinajos y no remiendos, y enredar intrigas en lugar de ovillar madejas! ¡Bonita andaré la casa de esa *licenciada*: los trastos rotos, los muebles empolvados, las ropas deshilachadas, los niños enmarañados y el marido probablemente tegiendo *frivolité*. ¡Pero eso sí, la *jurisconsulta*, con las enaguas sucias, sin *chinos* en la frente, mal fajada y mal forjada, *alegará de buena prueba* ante los tribunales, mientras los hijos, en poder de la servidumbre, comerán crudo ó quemado, y vestirán manchado ó roto!

Un poco de calma señoras mías; no se necesita ser *abogada* para no ocuparse de la casa, ni asistir al marido, ni descuidar á los niños; por millares las conozco yo que se pasan la vida en Plateros, en visitas y en las tiendas de ropa; que no se paran en la cocina ni se preocupan de la recamarera; que ponen su hogar en manos de la ama de llaves, sus hijos en manos de la institutriz ó más radicalmente en el «Colegio Baz» ó en «El Sagrado Corazón» y que no tienen la disculpa de asistir á sus enfermos ó de ir á litigar á los tribunales.

Ya sé que todo puede ser motivo de caricatura y que pocas cosas se prestan á ello tanto como la emancipación de la mujer; pero de que una cosa sea ridícula ó lo parezca, no se infiere que sea mala, y entre nosotros es más racional inferir lo contrario. Nosotros encontramos ridículo al hombre económico, al prudente y cauto, al entusiasta por sus convicciones, al trabajador rudo, al apóstol entusiasta. En ciertas categorías sociales, parece ridícula la mujer que guisa, cose, se encierra á cuidar de sus hijos, ama y es fiel á su marido, se cubre los hombros para ir al baile y al teatro, y nadie puede poner en duda que todo eso es bueno aunque sea reputado ridículo. En nuestra raza y en nuestro país encontramos siempre vituperable ó ridículo aquello que no nos agrada ó que no podemos realizar; tiránicos y despóticos por naturaleza y murmuradores por hábito y mala educación, tenemos una medida fácil para estimar los vicios y las ridiculeces ajenas: llamamos vicios á las virtudes que no poseemos y calificamos de ridiculeces nuestras incapacidades. En nuestras clases populares quien no es ebrio y reñidor, despilfarrado é imprevisor, quien no golpea y sacrifica á su mujer, quien no hace San Lunes, es un ser despreciable ó ridículo á los ojos de los borrachos y de los perdularios.

Pero si prescindimos momentáneamente de

nuestra manía de criticarlo y opacarlo todo, y nos hacemos el ánimo de ver la cuestión seriamente, no podremos menos de reconocer que se necesitan una energía escepcional, un gran amor al estudio, una noble aspiración y una inteligencia privilegiada, para, siendo mujer, afrontar la opinión, desafiar las preocupaciones, vencer la vergüenza y el escrúpulo é inscribirse, seguir cursos, estudiar, aprender y conquistar un título profesional.

En Norte América nada más llano; ahí respeto por las convicciones ajenas, acatamiento de la libre voluntad de los demás, aplauso para el éxito, lauros para el triunfo; en México nada más escabroso, todo se opone, todo conspira á mantener á cada cual en esfera humilde; todo lo que brilla nos irrita, todo lo que descuella suscita envidias y odios; entre nosotros hay un crimen que nadie perdona, una culpa que no tiene redención, la de singularizarse, la de abandonar el camino trillado de la rutina, la de rebelarse contra la inferioridad injusta y contra la opresión inmotivada. Y si la rebelde es una mujer, entonces *Anatema sit!* y ese anatema lo lanzan precisamente las mujeres.

Hay, en el caso que analizamos, la más notoria injusticia y la más incomprensible inconveniencia en hacer caricatura y en formular vituperio.

María Asunción Sandoval, como Matilde Montoya, como todas las mujeres de su clase, trabajan por ennoblecer á la mujer, por sacarla de una indebida servidumbre, por redimirla de la ignorancia y de la miseria, por conquistar las posiciones distinguidas, por hacerlas figurar no como muñecas, ni como joyas, ni como instrumentos de placer, sino como colaboradoras efectivas del progreso humano, como asociadas al movimiento intelectual del mundo y como factores reales é importantes del bienestar, no sólo material, sino intelectual y moral de la humanidad y de la Patria.

Son precisamente voces y manos femeninas las que deben aclamar y aplaudir á esas precursoras y á esas apóstoles de una regeneración tan justa como necesaria. La mujer, hasta aquí, ha sido un mueble de lujo, fuerza es que comience á ser un instrumento de trabajo y que colabore con el hombre á las grandes faenas de la civilización.

En Tierra Yankee

NOTAS A TODO VAPOR

DE NIAGARA A CHICAGO.

Terrible, martirizadora, hecha de cielos grises en movimientos vertiginosos y de ráfagas compuestas de un millón de agujas de acero por minuto, fué la tarde que pasé en el Niágara. Inolvidable porque el perenne despeño del río en los abismos no tenía el carácter profundamente *pasional* y trágico de las horas matinales. Ya no había lucha, ni torbellinos de nieve, ni grandes bocanadas de aliento polar; la mortaja blanca caída sobre la tierra, era tan espesa que apenas dejaba adivinar las rígidas formas del cadáver de la vegetación; bajo ella, el río, entre aquella inmovilidad ilimitada, parecía formado de crepúsculo y agonía; aquello era el símbolo gigantesco de lo eternamente fugaz é inútil de la vida.

Con estas reflexiones de moralista estupefacto en la cabeza, y en los pies un frío de tumba vieja, salí del carruaje de la compañía explotadora de la admiración de los turistas, por unos vericuetos convertidos en charcos de agua helada; llegamos al borde superior de la cortina de rocas que separa la caída americana de la canadense y nos dimos de nuevo de manos á boca con este Niágara hipnotizador y que jamás, jamás quisiera uno dejar de ver, como si deseara sorprender un momento en que se detuviese el río y se quedara coagulado en la orilla del precipicio y cristalizando su corriente vertiginosa en la cornisa del abismo, dejase escapar la mina de agua lanzada ya hacia el río, mostrando en un desgarramiento formidable el esqueleto granítico de la barranca y luego enmudeciera todo, todo callara y un silencio igual al de los instantes del génesis que precedieron á la palabra creadora, reemplazara este perenne murmullo hecho de truenos y de tormentas.

Lo cierto es que la fiebre de fantasear, de describir, de comparar, de urdir metáforas y bordar imágenes, se apodera de todos ante el Niágara. Primero deprime, sumerge y disuelve el espíritu en espumas y arco-iris; viene la reacción y luego un febril trabajo mental sucede á la estupefacción. Lo que se busca al través de todo este caleidoscopio de sensaciones que acaban por monotizarse en una impresión sola de admiración y de impotencia, es fijar y definir bien el fenómeno, para llevarse la *negativa* en el interior del alma y *revelarla* á solas y disfrutarla sin cesar.....

DAMAS MEXICANAS

De toda nuestra contemplación vespertina, dos momentos me asombraron y me encantaron: la vista del río en el lugar en que prepara, en que *arma* su gigantesco salto y el panorama total desde lo alto de una altísima torre de hierro en un establecimiento de la ciudad de Niágara.

Avanzamos de roca en roca; todo el río venía hacia nosotros; todo él se componía de cascadas; todo él se compone de ensayos; cada cien varas emprede un salto toda la corriente de orilla a orilla; toda ella se encrespa y se precipita de golpe. Aquello es limitado, definido y breve relativamente y parece infinito como el mar; quiere uno sorprender en aquellas olas sin descanso y sin fatiga, una expresión de angustia y de miedo al acercarse á la caída, al azotarse en el abismo. Estábamos llenos de agua, helada nuestros impermeables chorreaban agua escupidos sin cesar por aquel oleaje desesperado, el río se convertía para nosotros en una ducha sin fin. Y sin embargo, no acertábamos á movernos, nuestra mirada se prendía á cada ola y la seguía en sus evoluciones desesperadas, asistía á su agonía trágica y la veía hundirse y desaparecer con un grito espantoso en la sombra.

Aquellos millones de dramas idénticos perennemente renovados, nos retenían dolorosamente. Yo no veía cómo podría separarme de allí: no acertaba á moverme, no me iba á mover, el deseo imposible del Fausto de Marlowe de deshacer su alma en moléculas infinitas y dispersarlas en el espacio, se apoderaba de mí, el budista escondido en el fondo de mi temperamento perezoso que aspira al *Nirvana* por la flojera de soñar durante toda la eternidad, se asomaba á mis ojos, y desde esa ventana contemplaba al río correr, correr, correr.....

Por desgracia mi imaginación trabajaba, funcionaba el dinamo mental y veía claramente el retroceso de la catarata de una en otra cortina de rocas (porque todas las pequeñas caídas previas que tenía ante los ojos eran las grandes del porvenir) hasta llegar al lago de donde parte el río, que entonces se derramará directamente en su gigantesco cañón de granito. Yo no lo veré..... no lo creo..... Uno ó dos millones de años (siento no haber recojido el dato aritmético preciso) pero tal ha de ser (millón menos ó millón más) el tamaño del tiempo que nos separe de ese que será el de la metamorfosis definitiva del Niágara.... Tal vez los hombres de este siglo estaremos de vuelta entonces en estepurgatorio terráqueo..... Quizás no. Mi buen amigo el Coronel Santa Fé que tiene la felicidad de vivir en íntimas relaciones con lo suprasensible, podría darme una consulta sobre el caso..... Pero para qué volver á esta Tierra si no se vuelve con lo que se ama?..... Es preferible al espectáculo del Niágara, un rincón del espacio desde donde podamos contemplar el salto de la *via láctea*, el río de mundos, en la noche del infinito..... *dans le trou du charbonier*.

**

Ateridos, cansados, como si hubiésemos andado 43 leguas en los ventisqueros polares, vimos con ojos de estátua las pruebas pirotécnicas de un señor con aspecto de gitano que explota una fuente de carburo ó sulfuro de hidrógeno ó algo por el estilo, en combustión perenne, y cuya flama encerrada en un tubo, hace maravillas, entre ellas la de poner horriblemente lividos y feos á los circunstantes; no lo digo por mis compañeros y por mí, que éramos feos de antemano, pero las señoras.... En fin, la luz que convierte en dinero el *gubero* aquel, es muy poco galante.... Cruzamos el centésimo museo, resbalamos por entre los mismos mocasines, cuentas blancas, pagayas, pipas de palo y esquimos de todos tamaños y colores que ya conocíamos, saludamos á una *miss* que debe de pertenecer á la misma fábrica que las otras de los otros museos, tomamos el ascensor y subimos á la cupulilla de una torre altísima de hierro....

Panorama incomparable; la ciudad de Niágara sacando las puntas de sus chimeneas y los remates de sus tejados rojos de la gran placa de nieve que la había cristalizado en la mañana, estaba á nuestros pies; allá en el horizonte el Canadá esfumado, desvanecido, de-leído en una masa gris de moléculas de agua; el sol se adivinaba por una claridad mayor en el vago plateamiento de la bruma occidua. Bajo esa claridad venía convulso y ronco, encabritándose y relinchando el río; no, no dice esto mi impresión; es una metáfora, probablemente recordada, de las que usan los clásicos siempre que hablan de un río. Me dijo cierta ocasión Pablo Macedo, que el Niágara le había hecho la impresión del mar metido en una bandeja y derramado sin cesar en el abismo. Aquel río sin márgenes, porque la niebla las borraba y que venía con estremecimientos epilépticos hasta el borde de la herradura, era magnífico, acongojador, inspiraba admiración y piedad; habría uno querido pararlo, desviarlo..... pero esto no era fácil. El río se bifurca y dando su segunda rama un rodeo, viene aquí más cerca á formar la cortina derecha y elegante de la caída americana.

Las escamas del río se apagaron, su masa gris corría cada vez más opaca, el tumbo inmenso llenaba con su trueno los ámbitos; el espectáculo sublime ya era más bien oído que visto. La noche fué cumpliendo de sombra y de misterio aquel panorama sin comparación posible; los focos eléctricos que la niebla rodeaba de halos opalinos, marcaban las líneas de la ciudad perezosa y fría. Y yo, hombre sujeto al imperio de la carne, en forma de beefteck, habría reunido á comer con tal de seguir soñando frente de aquella niebla, ese divino ensueño, sin contornos,



Srta. Julia Zárate
DE MÉXICO

Fotografía de Torres.

casi sin conciencia, en que nos sumerge el dulce hipnotismo de los espectáculos inmensos..... Pero teníamos que tomar á las ocho en punto el tren de Chicago....

**

Qué pasó en aquella noche? Como habiendo encontrado todo el Pullman ocupado, á pesar de haber separado nuestros camarotes ó lechos (al gusto) desde New York, logramos, encontrarnos mi buen amigo Genaro Fernández y yo, lugares cómodos para dormir? Es posible que ese milagro se debiese al inglés de mi compañero, tan claro que yo mismo lo entendía y que difícilmente lo entendían los *yankees* que sólo entienden el inglés obscuro. Es muy posible; el resultado fué admirable; tenía yo tal cansancio de alma y de cuerpo; la sensación del Niágara había apurado por tal modo en mi espíritu la sensibilidad, que me podía considerar muerto psicológicamente. Vagamente oí que querían que yo dejase mi maleta abierta: di mis llaves al conductor á quien en aquellos instantes habría dado también mi cabeza y luego supe que como la línea férrea unas veces corría por el Canadá y otras por los Estados Unidos, había necesidad de dejar expedita la acción de los aduaneros. Ese *luego* fué á las ocho de la mañana del día siguiente; desperté fatigado, porque en sueños había yo seguido viendo al Niágara y ya me caía en la cabeza como el Ganges cae en la del dios de la trimurti india, ya lo veía á mis pies desde la cuerda de Blondin, ya rodaba por la caída espantosa encerrado en un barril, como otros lo habían hecho. De modo que, en sueños, me morí dos ó tres veces, y muchas más, si se cuentan las muertes de miedo.

Ello es que después de almorzar me pasé algunas horas viendo con cierto estupor, es decir, hecho un estúpido, el paisaje gris, opaco y sin carácter que ante mí se extendía, sin darme cuenta de nada; por lo menos de nada me acuerdo. Creo que entonces fué cuando dormí de veras.

Un horizonte áspero, repulsivo, espinado de chimeneas negras, frío, húmedo y negro de nubes de humo que complicaban lo fúnebre del panorama, nos reveló la cercanía de Chicago. *Estopamos*, como decía mi compañero, en una enorme estación fea y sucia; pasamos por sobre veinte pares de ferrocarriles, le huimos el cuerpo á seis ú ocho locomotoras que arrasando cadenas interminables de wagones se metían bajo techo sin decir "fierro va" y tomamos un coche incómodo y caro que nos condujera á nuestro hotel en el corazón de aquella ciudad exuberante.

Era claro que entrábamos en una inmensa viscera, en una formidable entraña de uno de los tres ó cuatro cuerpos que en el orden económico componen la Unión: Chicago no es un cerebro, ni un corazón, es un estómago ó cosa así; turbio, frío, incoloro, compuesto de masas de construcciones toscas, sin la menor intención estética, pero grandísimas, pero deformes, aquella ciudad que tiene dos tercios de siglo de edad, me hizo el efecto de una Nueva-York descascarada de todo estilo, de toda hermosura, de todo color

y originalidad. Pero eso sí, los cereales, los ganados, las carnes circulan; por todas las canales, venas y arterias y se amontonan en todos los rincones y esquinas de este gran vaso de alimentación. La atmósfera compuesta de átomos de agua y de carbón mineral llegaba á ser casi irrespirable para nuestros pulmones que acababan de llenarse con el gran viento oxigenado del Niágara y confirmaba en nosotros la idea de que andábamos por una sección de un tubo digestivo; la humedad que dejaba la bruma en las paredes nos parecía cierta especie de jugo gástrico y yo temía instante por instante ser digerido por Chicago, la inmensurable tripa; mi compañero, que es de puro hueso, sonreía desdenoso ante esta perspectiva.

Eran las tres de la tarde y llegamos casi á obscuras á nuestro hotel; no era ni el *Auditorium* ni el *Palmer*, pero era una buena casa confortable; estos *yankees* que van y vienen incesantemente, son quienes mejor han entendido el modo de rodear el reposo de condiciones de comodidad absoluta; tienen que ganar en calidad lo que pierden en cantidad; ellos han encontrado la fórmula material del descanso intensivo. Yo se los agradezco.

**

Anduvimos una hora por el centro de la ciudad: vimos algunos de estos fenomenales edificios á que Nueva York nos había acostumbrado; pero más sombríos, más sucios, más improvisados; en aquella tarde apizarrada y densa el pórvido negro y el granito rojizo hacen efectos lúgubres. Pero en fin, esos edificios decían algo, tenían una fisonomía, una presuntuosidad de advenedizos ricos que no dejaba de llamar y hasta de embargar la atención. Desgraciadamente estos modelos de arquitectura industrial y millonaria (permitaseme decirlo así) están barajados con casas de oficinas tan completamente desnudas de arte, que acaban por producir no sé que vago deseo de cometer un crimen y de renovar el incendio que hace más de treinta años devoró á Chicago.

Tomamos un elevador en una de estas casas; entramos en una oficina. ¿El Sr. Cónsul de México? preguntamos— Un joven simpático, amable, que me reconoció en seguida, se levantó vivamente; nos abrazamos y quedamos amigos de veinte años en un minuto; era Felipe Berriozábal. Salimos con él; visitamos de paso varios edificios; como era natural, hicimos alto en una estación de bom-

beros. No se encrespen mis lectores; no voy á describirles esta maniobra *describidísima* (estoy faltando al respecto que debo á la Academia) de los bomberos americanos, ni la rapidez con que quedan casi automáticamente metidos en sus pantalones, cuando los dispierta la campana de alarma, (supongo que dormirán sólo con un ojo) ni la instantaneidad con que vomitados por los tubos se encuentran sobre los caballos repentinamente guarnecidos, arrastrando bombas cuyas calderas están siempre á media presión, y pasando del sueño de sus camas solteriles, casi sin transición, á la pesadilla roja de las llamas, de los chorros de agua y de fuego, á los gritos de las víctimas, á los truenos de los desplomes y á la muerte quizás; no, no les describiré nada.

Ya era plena noche ó por lo menos, plena sombra, cuando salimos de ahí; las grandes avenidas mercantiles surcadas por w. gones funiculares, que manejan unos hombrones vestidos de hopalandas forradas de pieles, estaban apretadas de gente é iluminadas de blanco y oro, por la luz de los focos incandescentes que brotaban á torrentes de los escaparates y por la que bajaba en amplias vibraciones de las lámparas de arco. Surgiendo sin cesar de las penumbras palpitantes formadas en derredor de los altos cayados de fierro que sostienen los globos eléctricos, á la zona de luz cruda que las bañaba de lividez espectral ó á la que emitían los cristales de las tiendas y las iluminaba de costado, las jóvenes obreras que por millares salían de los almacenes para tomar sus *elevados* ó sus *travias*, corrían por las aceras envueltas en sendas capas de paño, con sus canastillas en la mano y los ojos muy abiertos y muy fijos como si una mano irresistible las atrajera hacia él.

Penetramos en un edificio que tiene la singularidad de tener algo así como un patio central, cerrado por cuatro muros que se elevan á la altura de diez y ocho ó veinte pisos. Desde el centro del patio nos parecía que estábamos en la boca de un telescopio invertido; cuando reíamos desde arriba se nos antojaba el tiro de una mina. Esto se llama el *Templo masónico*; en el elevador que nos llevó á aquellas sublimes alturas nos encontramos de conductor á un muchacho mejicano; vestigio perdido de la *Exposición* de Chicago. Abajo, en el *bar* tomamos un *bock* de helada cerveza contemplando un espléndido mosaico romano que representaba el *Descubrimiento de América*; á alguna distancia parecía aquella riquísima obra de arte un tapiz de alfo liso. También era un resto de la *Exposición*. Entonces los *yankees* se morían de amor por España y la pobre princesa Eulalia creyó que la Federación americana estaba enamorada de ella....

JUSTO SIERRA.



LA CAMA NUMERO 15.

(Véase el texto)

Política General.

RESUMEN. — INSURRECCIONES EN CHINA. — LA BARBARIE DEL PUEBLO Y LA BARBARIE DEL GOBIERNO DE PEKÍN. — NUEVAS OCASIONES DE REPARTIMIENTO. — LOS PUEBLOS QUE VIVEN Y LOS PUEBLOS QUE MUEREN. — SALVAJISMO MARROQUÍ. — MATANZAS Y BARBARIE. — LAS RIVALIDADES EUROPEAS Y LA EXISTENCIA DE MARRUECOS. — LA HORA SE APROXIMA. — LA RENDICIÓN DE SANTIAGO. — PRELIMINARES DE LA PAZ. — EL GRAL. TORAL Y EL GRAL. SHAFTER. — HEROISMO DE LA DESESPERACIÓN. — EL PUEBLO ESPAÑOL Y LAS AMENAZAS DE LOS CARLISTAS. — EL PORVENIR DE ESPAÑA. — CONCLUSIÓN.

Cadáver corrompido donde se amontonan los gérmenes de la putrefacción, el imperio chino que acaba de sufrir pequeñas desmembraciones, cediendo importantes puntos estratégicos de su territorio á Rusia, á Alemania y á la vieja Inglaterra, vuelve á presentar tristes manifestaciones de su condición morbosa y á poner en evidencia, á la vista del mundo, signos claros de su disgregación secular. Una formidable insurrección sin más objeto que la matanza, sin más fin que el derramamiento de sangre, en medio de escenas crueles y de feroz salvajismo, acaba de estallar.

Algún mandarín de esos que apenas sienten el yugo del dominio imperial se ha dejado sorprender, y el populacho feroz se ha entregado á su barbarie tradicional, cercenando cabezas y empapándose en sangre. Para sofocar la revuelta, para reprimir á los rebeldes, el Hijo del Cielo ha apelado á medios idénticos, y las tropas imperiales han entrado á sangre y fuego en Foo-Chan.

La Europa se estremece ante tales horrores; y si se pudo ver casi con indiferencia las hecatombes de Armenia y del Asia Menor, si fueron causa de simples protestas las matanzas de cristianos en Trebizonda y Erzeroun, por temor de que el Sultán de Turquía, en sus sacudimientos de muerte, conmoviera á Europa y provocara la guerra universal, las matanzas de China no quedarán sin castigo, y darán ocasión á que se apremure el famoso reparto ya iniciado en las riberas de Petchilí, donde el Imperio germánico tiene ya una base de operaciones, donde la Gran Bretaña ha obtenido un puerto de importancia para el abrigo de su escuadra formidable, donde Rusia ha extendido su poderosa influencia al tender las cintas de acero de sus caminos estratégicos á través de la Manchuria que la unen al puerto de Vladivostock. Firmes las potencias en su tarea de no intervenir sino en aquellos asuntos de que pueden sacar algún provecho, veremos que pronto, si la insurrección no es sofocada, acuden en nombre de la humanidad para hacer cesar las matanzas, para acallar las crueldades, para enjugar la sangre derramada, aunque por cada nota diplomática, por cada intimación al Imperio del Cielo, arrebaten un pedazo de territorio, obtengan nuevas prerrogativas y avancen un paso más en el camino de la conquista de esa inmensa agregación de pueblos y naciones, unidos por la historia y congregados en la misma zona, pero sin lazos positivos, sin la trabazón necesaria que constituyen las grandes nacionalidades.

Ay de los pueblos declarados en decadencia! ¡ay de las naciones caducas á quienes declaran débiles y enfermizas las grandes potencias! Su hora ha sonado en el espacio y en el tiempo, y será cuestión solamente de tiempo y espacio la declaración de su definitiva suerte.

Frente á frente de las costas europeas, á muy corta distancia de las comarcas meridionales, bañando sus tierras en las ondas azules del Mediterráneo y levantando en el horizonte sus agrestes montañas que se divisan desde las playas españolas, álzase el imperio marroquí, presa codiciada de todos, que se sostiene trabajosamente entre su corrupción interior, atacado de disgregación, herido de muerte y llevando en su seno los gérmenes morbosos de todos los países musulmicos.

También allí ha estallado la insurrección, ahogada en sangre y sofocada en barbarie por los soldados del Sultán.

Quejábanse los súbditos extranjeros de las irrupciones piráticas de los kábilas rifeños, nunca saciados en su obra de pillaje; quejábanse de atentados múltiples efectuados por los esclavos nominales de su magestad sherifiana, y pronto

acudió á satisfacer aquellas demandas, usando de toda la perfidia, de toda la doblez de que es capaz un señor mahometano en las épocas de decadencia. Mandó á sus esbirros con regalos y presentes para conquistar á los jefes de los rebeldes y transgresores de las leyes internacionales; se congregaron todos bajo las tiendas alzadas en son de paz; compartieron los soldados del Sultán con ellos el pan y la sal; se juntaron sus manos en las mismas abluciones, humedecieron sus labios en la misma copa de hidromiel; y á una señal convenida salieron á relucir los yataganes y las gomas; se dispararon las largas y certeras espingardas, comenzó la terrible matanza, y un montón de cabezas cortadas á cercén, fué ofrecido en homenaje al bárbaro Sultán como tributo sangriento de la salvaje hazaña.

**

Con razón los ojos todos de la Europa se vuelven sin cesar á las playas rifeñas, buscando la manera de convertir ese país de caníbales, en una colonia civilizada, haciendo entrar al retrasado pueblo marroquí, de grado ó por fuerza, en el sendero de los pueblos cultos. Si no fuera por las rivalidades que provoca, por los celos que brotan por su futura suerte, por las ambiciones que á todos empujan, tiempo ha que el imperio sherifiano habría desaparecido de la haz del planeta. Tiempo ha que Francia, Italia, Inglaterra ó aun la misma España, hubiera tomado posesión de ese territorio por su propia cuenta, ó con el concurso de las demás naciones. Pero sucede con Marruecos en pequeño, lo mismo que con el imperio turco: todos convienen en que tiene que desaparecer, todos están de acuerdo en que por razones de lesa humanidad debe arrojarse del otro lado del Bóforo á los hijos del profeta, pero nadie se atreve aisladamente á ejecutar el acuerdo, temiendo que á la hora del reparto, vengan las complicaciones y tal vez la guerra universal.

Así Marruecos: codiciado por todos, vive no de su vida culta, no de su actividad de pueblo civilizado, sino á favor de las rivalidades que despierta.

Pero un día llegará en que esas rivalidades se acallen, y Francia tal vez, la que tiene sus avanzadas en Argel y por ende está más próxima á recoger esa herencia, ó Inglaterra asentada sobre el peñón de Gibraltar, tienda la mano para apoderarse del territorio marroquí. No está lejana la fatídica hora en que desaparezca el podrido imperio con toda su coorte de miserias y de barbarie.

**

Por más que todavía sea asunto de discusión entre los directores de la cosa pública en España, por más que todavía vacile el Ministerio de Sagasta, temiendo las manifestaciones de la opinión pública y tal vez las amenazas del odiado carlismo, parece que es llegado el tiempo de hablar de paz, y hacer cesar con concesiones más ó menos dolorosas, la tremenda guerra con los Estados Unidos, que por cerca de tres meses ha tenido suspensa la atención del mundo civilizado.

Santiago de Cuba, que era como el baluarte avanzado ante la invasión americana en las tierras de la revuelta Antilla, ha caído después de un sitio de algunas semanas. Rota la escuadra de Cervera frente á las costas meridionales de Cuba, sin esperanza de refuerzos que pudieran venir de la metrópoli, sin probabilidades de auxilios que pudieran llegar de la capital de la isla, aislada la ciudad y el puerto de toda comunicación, reducida á sus propios recursos, agotada la guarnición en el rudo combate, escasa de provisiones y viendo levantarse detrás de sus muros agrietados el fantasma fatídico del hambre; falta tal vez de municiones de guerra, y con la angustia moral de su aislamiento, ha tenido que sucumbir, salvando sólo lo que podía salvarse frente de las exigencias del invasor: la vida de sus soldados.

¿Qué aguardaba el General Toral después de verse cercado por todas partes, imposibilitado de hacer una salida vigorosa, incapacitado para hacer una resistencia heroica? ¿Quién era capaz de exigirle que condujera al sacrificio, que arrastrara á una muerte cierta á sus millares de subordinados, sin tener siquiera una esperanza remota de triunfo? El General Shafter recibía á la continua nuevos refuerzos para sostener sus posiciones: á un regimiento se agregaba otro regimiento, á las baterías de montaña se añadían las baterías de sitio; todas las desigualdades del

terreno, todos los puntos estratégicos que rodean la ciudad asediada, se fortificaban á toda prisa; los habitantes pacíficos habían salido ya hambrientos y desolados á buscar amparo bajo las tiendas del invasor; en vano el jefe español tendía la vista en el horizonte, buscando un punto donde brillara la luz de la esperanza. La llegada del General Pando con las tropas de auxilio, acaso sirvió nada más para aumentar el número de víctimas. ¿Quién podrá acusar á un jefe que se rinde, falto de elementos de combate y presa de una sombría desesperación? Linares, el jefe superior, yacía postrado y gravemente herido, Vara de Rey, el segundo, había muerto. En vano se le urgía por el General Blanco y por el gobierno de Madrid, para que resistiera hasta la muerte. ¿A qué sacrificar inútilmente millares de soldados en una lucha sin objeto?

**

La rendición de Santiago de Cuba significó los preliminares de la paz. Teniendo los americanos tan amplias bases de operaciones, fácil les será enviar formidable expedición contra Puerto Rico. No hay escuadra que les detenga el paso para hacer nuevos desembarcos en otros puertos de la costa septentrional, mientras pasa la estación de lluvias para poder, sin dificultades, asediar la Habana por mar y por tierra.

La influencia moral que ha de ejercer en las guarniciones españolas este hecho de armas, tiene que ser inmensa. Engreídos los invasores con sus victorias, tendrán que sufrir las guarniciones españolas la angustia de la derrota.

No más sangre, no más escenas de exterminio, no más espectáculos de horror en las tierras antillanas. Que una paz honrosa, evite en lo porvenir nuevas catástrofes.

Si el impío Don Carlos y sus partidarios anti-patriotas se levantan en armas contra el Gobierno constituida y lanzan un reto á la dinastía reinante, estamos seguros de que con el Rey niño, batallarán todos los elementos sanos de España para rechazar las huestes del absolutismo, para oponerse al retroceso secular que ocasionaría el triunfo del pretendiente.

Dura es la tarea, ardua la empresa; pero en el momento actual, la España monárquica, la España de tradiciones gloriosas y de brillante historia, tiene que proceder á restañar muchas heridas, á enjugar muchas lágrimas, á trabajar con fe y con denuedo en la reconstrucción de un estado social que se derrumba.

Ojalá que ese pueblo que no se abate en sus desastres, encuentre en sí mismo el vigor suficiente y las suficientes energías, para hacer frente al porvenir.

X. X. X.

15 de Julio de 1898.

La fabricación de perfumes.

La extracción de los perfumes es un arte eminentemente complejo: la fragilidad de las flores la tenuidad de su aroma, las cantidades que es necesario tratar y la violencia de la evaporación, explican fácilmente las dificultades del problema. Hay otras consideraciones además. La misma planta no florece de una manera igual á distintas horas del día; el aire cálido y la luz aumentan momentáneamente la producción de aroma y la suprimen de un modo completo si se prolonga mucho tiempo.

Dan menos perfume las flores cortadas bajo la luz fuerte del sol que cuando se recojen en las primeras horas de la mañana; su aroma es menos fuerte en los terrenos altos, frios y húmedos que en los secos, bajos y calientes.

A las mil cuestiones delicadas de manipulación, adaptadas á la clase de cada substancia aromática, se agregan pues las complicaciones de *madurez odorífera* y de recolección en el momento propicio, que reclaman un largo aprendizaje para la fabricación de los perfumes.

**

El departamento de los Alpes Marítimos en el Sur de Francia es un jardín maravilloso que ha valido á la perfumería francesa una supremacía indifrutable: es además, el granero de las perfumarias de otros países.

La hermosa ciudad de Grasse, centro único de flores, en el mundo entero, tiene desde hace varios siglos una industria agrícola considerable, interesante y muy pintoresca.

A la salida del sol y antes de que sus rayos hayan calentado las flores, y algunas veces de noche, llamados con las voces de un cuerno de cazador cuando amenaza la tempestad, todos los cortadores, niños y mujeres, se reúnen para empezar su faena; y ya trepando por los árboles, ya escondidos bajo la tupida

vegetación del suelo, proceden cuidadosamente á la recolección de las flores.

En su gran mayoría son italianos, porque en esas épocas de tarea excesiva no basta el personal ordinario y como á todo; los centros cosecheros. Llegan en multitudes compactas los mercenarios, jornaleros de ocasión.



LA RECOLECCIÓN DE FLORES.

Una vez cortadas las flores se las va colocando en sacos para llevarlas cargadas en asnos á la fábrica en donde las reciben las obreras y después de apartar las mejores las extienden sobre el embaldosado de una sala fresca quedando á disposición del preparador.

**

Antes de enumerar los diversos procedimientos de fabricación, creemos conveniente decir algunas palabras sobre el perfume, explicando cómo nace, en dónde reside y en qué condiciones emana.

El aceite esencial está localizado en las celdillas de la cara superior de los pétalos y de los sépalos, en las partes superficiales, glándulas salientes y receptáculos poco profundos de esos órganos; está asociado á aceites fijos, resinas, gomas y taninos. Las células no son tan solo receptores de esencia, sino fábricas de esencia; el perfume no es el resultado de un desdoblamiento sino de un acto de vitalidad.

A veces se acumula la esencia en gotitas en la epidermis; á veces se escapa bajo la forma de efluvios aromáticos á medida que se produce. Hay según eso dos clases de flores: aquellas cuyo perfume ex ste enteramente condensado antes de que comience la evaporación y aquellas en que nace poco á poco algunos momentos antes de evaporarse.

Esta diferencia es de muy fácil observación. Cuando se despedaza una rosa queda en los dedos un olor de rosa muy marcado; si, por el contrario, se hace la misma operación con un jazmín el olor que se produce es desagradable.

**

De aquí derivan dos métodos diferentes de fabricación. Las flores que abandonan fácilmente su aroma concreto, se tratan por medios rápidos y violentos como la destilación, las otras exigen un procedimiento más pausado, más fino y paciente, hasta que produzcan lentamente su perfume, requiriéndose además para esta clase de flores, el uso de un separador fisiológico, de un disolvente.

Hay otra dificultad: separar el aceite esencial de las resinas, taninos, impurezas, en una palabra, de todo ese cortejo perjudicial que acompaña á la esencia.

Un disolvente se llevará una buena parte de estas materias extrañas; si es por ejemplo, soluble en los líquidos acuosos que impregnán los tejidos de la flor, se llevará consigo los malos olores. Pero hay que tener en cuenta que no sea demasiado activo é impida que el aroma se desarrolle. El separador perfecto se-



DESTILACIÓN EN UNA FÁBRICA DE PERFUMES

rá, pues, un neutro indiferente, inodoro, discreto al punto de extraer la esencia solamente. Este ideal no se ha encontrado todavía, y hay que conformarse con un disolvente de mediana calidad que produce desde hace algún tiempo resultados casi satisfactorios: tal es la grasa, mezcla de buey y puerco, lavada, hervida, preparada con mil precauciones que ha legado la tradición desde los tiempos de Dioscórides!—Puede reemplazarse con aceite de olivo, muy puro, ó con aceite neutralino refinado.

**

Tales son los dos métodos principales: destilación y disolución. Esta última, cuando se hace en caliente, toma el nombre de maceración.

Sólo dos flores, el azahar y la rosa son susceptibles de destilación. Se echan cien litros de agua y cincuenta kilogramos de flores al alambique. Al hervir el agua, desorganizan las celdillas que aprisionan la esencia y la pone en libertad; los vapores se condensan en una serpentina fría y el agua y la esencia caen á un vaso florentino en el que se separan por la diferencia de densidad.

Los alambiques son, ó bien de fuego ó de vapor de doble fondo. El agua de refrigeración procede de las fuentes que bajan de las montañas circunvecinas, cuyas corrientes atraviesan la ciudad de Grasse, pasando sucesivamente de una á otra fábrica para servir al otro extremo de la población los molinos de aceite que están en la llanura.

Los fabricantes de perfumes de Grasse han sido admirablemente favorecidos por la naturaleza en su preciosa industria, que ofrece aspectos artísticos y pintorescos, no sólo en la recolección de flores sino en la destilería que se hace en grutas antiguas del anfiteatro montañoso.

**

La maceración se aplica á la violeta, á la acacia, al narciso y también á la rosa y al azahar.

Frente á cada horno de baño de María hay mujeres ocupadas en derretir grasa en vasijas estañadas dentro de las que arrojan las flores, manteniéndolas sumergidas y á una temperatura de 65° durante media hora. En seguida las sacan y colocan los residuos amalgamados en una prensa hidráulica para extraer las últimas partículas de cuerpos grasos. Pero no ha bastado una sola maceración para perfumar la grasa: á penas es odorífica. Entonces las obreras vuelven á practicar la misma operación hasta que el cuerpo grasoso haya adquirido la potencia odorífera que se desee.

Necesitanse cinco kilogramos de flores aproximadamente para perfumar un kilogramo de grasa. Empero, hay flores que exigen nada menos que veinticinco manipulaciones sucesivas.

**

El *enfleurage* se emplea para el jazmín y la tuberosa. En cajones de madera de 95 centímetros de longitud, 60 de anchura y 8 de profundidad, y con fondo de vidrio se extiende una capa de grasa por medio de una espátula y sobre ella otra capa de flores. Las cajas se apilan por secciones de treinta á cuarenta, colocando unos encima de otros. De este modo que dan las flores encerradas herméticamente en cámaras frescas pudiendo exhalar su aroma en las mejores condiciones.

El día siguiente se reemplazan estas flores con otras nuevas hasta que la pomada tenga la intensidad de perfume suficiente. Para fabricar aceites olorosos por este procedimiento se sustituye el cristal de las cajas por una malla sobre la que se coloca una tela embebida de aceite.

La operación es demasiado larga, dura por lo menos tres meses y además cuesta mucho por el material

que requiere. La fábrica más modesta posee cuatro mil cajas y las que producen en grande escala, tienen más de cuarenta mil. Cada caja no puede contener, en efecto, mas de 500 gramos de grasa y una tela 1 kilogramo de aceite.

Para transformar las grasas perfumadas por maceración ó *enfleurage* en extractos, pónense aquellas en contacto con alcohol en recipientes animados de movimientos alternativos muy rápidos, hasta que el alcohol se haya apoderado del perfume. Entonces se le separa trasegándolo.

LAS FUERZAS DISPERSAS.

Ya en otra ocasión hemos dicho, que la cantidad de fuerzas que definitivamente murieron para la industria humana en nuestro viejo globo, es enorme.

Toda combinación química realizada y que haya dado por producto un compuesto estable, representa una fuerza, ó mejor dicho, un trabajo consumido que la industria no utilizará jamás.

Es un peso que está en la parte inferior de su camino; es un péndulo que llegó á su posición inferior de equilibrio: es en resumen, una atracción que aproximó dos masas cuanto podía aproximarlas.

Por eso afirmábamos que toda el agua que existe en la Naturaleza representa una energía ya gastada: la que se gastó al unirse el hidrógeno con el oxígeno. ¡Cuántos millones y millones de caballos de fuerza, que ya no existen para la industria, representan las aguas de los mares!

Y lo que decimos del mar podemos decir de la corteza sólida del globo; cada formación geológica es como la loza de piedra de un inmenso cementerio, ó como las cenizas de un gigantesca hogar; metales y metales oxidados, restos de infinitas combustiones.

Apenas si las minas de carbón de piedra se han salvado de esta muerte universal; ellas, por la afinidad del carbono con el oxígeno, no saciada todavía, representan la fuerza de que hace un siglo está viviendo la industria.

Pero así y todo, las fuerzas naturales del esferoide terrestre no están agotadas por completo.



LA SELECCIÓN DE FLORES EN UNA FÁBRICA DE PERFUMES

Muchas quedan, que en más de una ocasión hemos enumerado; por ejemplo las mareas, el oleaje del mar, los vientos, el calor solar, las diferencias de temperatura en general, las caídas de agua y muchas reacciones químicas no realizadas todavía.

Sin embargo, para que la industria utilice la mayor parte de estas fuerzas, hay una dificultad práctica.

En teoría pueden utilizarse todas ellas. Y como la teoría es cierta, en la práctica también puede utilizarse; pero no en la *práctica industrial*, en la que domina como elemento principalísimo el *elemento económico*.

No pueden utilizarse, repetimos, la mayor parte de las fuerzas antes enumeradas, porque están *dispersas*.

No están reconcentradas en una pequeña extensión! Bien al contrario, sobre enormes superficies se extienden y á veces por todo el espacio que rodea el globo.

El carbón de piedra se utiliza porque basta quemarlo en el hueco reducido de un hogar, y aunque la construcción del hogar y de la máquina de vapor cuenta mucho, la cantidad de trabajo industrial que en la máquina se obtiene, compensa con gran exceso los gastos de la maquinaria. Hay *ganancia*; hay interés al capital; hay *progreso* de la industria. Lo que se produce de la industria. Lo que se produce es más que lo que se ha consumido.

Y otro tanto podemos decir de las caídas de agua. En una catarata hay veinte ó cien mil caballos de vapor reconcentrados en pequeña superficie, y en construyendo una ó varias turbinas hemos logrado movilizar una fuerza considerable.

Toda fuerza reconcentrada en mínimo espacio puede ser recogida y puede ser explotada por la industria aunque el receptor térmico ó hidráulico sea costoso; porque más vale en fuerza ó en dinero (que da lo mismo, este es el símbolo convencional de aquella), la fuerza recogida, que la fuerza que se consumió en fabricar el artefacto receptor.

En cambio, otras fuerzas de la naturaleza, con ser

Almirante y oficiales superiores de la flota española de Santiago de Cuba



Don Victor Concas, Contra-Almirante Cervera
Comandante del Infanta «María Teresa»

Don Emilio Díaz Moreu, Comandante del «Cristóbal Colón»

Don Juan Lazaga, Comandante del «Almirante Oquendo»
Don Antonio Eulate, Comandante del «Vizcaya»

nmensas. están desparramadas: son inmensas en conjunto: por cada unidad de espacio son muy pequeñas. Y si el receptor ha de recoger una cantidad considerable de fuerza, como ha de extenderse á grandes espacios ha de ser extensísimo, costoso, imposible bajo el punto de vista industrial.

En este caso se encuentran para no citar otras fuerzas naturales, las mareas, el oleaje, el calor solar y los vientos.

Respecto á las mareas, ya en otra crónica vimos de que manera la industria humana ha procurado salvar la dificultad. No hemos de repetir lo que en aquella ocasión explicamos.

El oleaje del mar es otra gran fuerza que representa millones y millones de caballos de vapor; pero es una fuerza extendida por toda la superficie de los mares y es, además, una fuerza muy variable, y en sumo grado irregular: unas veces está rizada la superficie del Océano; otras veces la hinchaban olas de dimensiones gigantescas. Algunos esfuerzos se han realizado, sin embargo para recoger la energía que el subir y el bajar de las olas representa; pero las dificultades prácticas ó las dificultades industriales, por mejor decir, ningún invento de los varios que existen ha podido vencerlas por completo.

Podemos repetir, casi palabra por palabra, para el calor solar, lo que hemos dicho para el oleaje de los mares. El calor solar es una fuerza que se mide en cada hora por millones y millones de caballos de vapor. Si estuviera más recogida sería un manantial incalculable de fuerza para la industria; pero el oleaje de fuego le sucede lo que al oleaje de los Océanos, que está disperso por toda la superficie de la tierra. Para recoger veinte ó treinta caballos de va por, aun suponiendo que se hubiera resuelto de una manera satisfactoria la cuestión teórica, sería preciso, que el receptor se extendiese á centenares de metros cuadrados, que reconcentrase lo que está disperso, y para ello la maquinaria ó el artefacto había de llegar á todos los puntos á que la dispersión llega.

No se presenta, sin embargo, este problema tan difícil como el anterior, y existen sobre esta materia estudios, trabajos y ensayos de bastante importancia.

Con el calor solar, recogido por espejos y reconcentrado sobre pequeñas calderas, se ha hecho her-

vir el agua; se ha utilizado el vapor en pequeñas máquinas; se ha sacado agua de los pozos.

El problema teórico-práctico está resuelto: el problema industrial no lo está todavía.

Los receptores de fuerza empleados son muy costosos en comparación de la fuerza recogida.

El verdadero problema podría plantearse de este modo: construir un receptor de calor solar *muy barato por metro cuadrado* y que, por lo tanto, pudiera económicamente extenderse á unos cuantos centenares de metros superficiales.

Proyectos hay también en este sentido, más no sabemos que ninguno se haya realizado.

Y lo que sucede con el oleaje de los mares y con el calor solar, sucede con la fuerza del viento.

También representa una energía disponible verdaderamente gigantesca. Pero no sólo está esparcida por todo el espacio, sino que está sujeta á grandes intermitencias y aun parece estar reservada para la naturaleza para determinadas regiones.

Los molinos de viento son muy antiguos, pero desde que la electricidad tomó puesto en el campo de la industria, el clásico molino de viento se ha rejuvencido con el apéndice de los acumuladores.

Materia es esta, sin embargo que merece capítulo aparte.

El objeto de la presente crónica era únicamente el de probar que existen grandes fuerzas naturales no explotadas aún, y que la dificultad para explotarlas reside principalmente en su dispersión, casi pudiéramos decir en su excesiva descentralización.

Todo en la industria, como en la Naturaleza, y en la sociedad, debe estar sujeto á peso y medida y ley racional.

Hay casos en que la concentración no conviene; pero hay casos en que la concentración de fuerza es elemento de vida y de progreso.

Si con las fuerzas dispersas de la Naturaleza pudiéramos hacer á voluntad lo que se hace con un abanico (y perdónese me la imagen) el problema quedaría resuelto.

El abanico se cierra y en pequeño volumen se recoge el varillaje: es una verdadera concentración de elementos.

El abanico se abre y ocupa gran superficie: es una verdadera dispersión.

¡Cuánto mejor fuera que á voluntad pudiéramos abrir ó cerrar el espléndido abanico de los vientos ó el abrasado abanico de las ondas de fuego que manda el sol, ó el verde y espumoso abanico del oleaje en los revueltos mares!

Entonces la industria multiplicaría su potencia hasta lo inconcebible.

Confiemos en el porvenir.

JOSÉ ECHAGARAY.

La cama número 15

Entre las impresiones más hondas de mi juventud, guardo esta cuyo recuerdo tenaz atenaceaba mi espíritu siempre que el azar me pone en presencia de esos adorables grupos infantiles que corren gozosos por los parques en días de asueto.

Hace de esto ya muchos años. Una tarde paseaba solo sin más objeto que dar descanso á mi espíritu y vigor al cuerpo. Maquinalmente me dirigí á un hermoso parque de los alrededores, en el que mil y mil veces he pasado horas inolvidables solo con la compañía de mis libros,—esos libros que gusta uno de leer cuando quiere escaparse de las tareas y preocupaciones de la vida cotidiana cediendo á los reclamos misteriosos del ideal.

Pero estaba dicho que aquella tarde no leería yo mi *Hermann y Dorotea*, el sabroso idilio, que nunca he podido hojear otra vez porque con solo ver el libro surge inquietante y sombrío el recuerdo que hoy evoco.

Sucedió que estando casi tendido en una de las bancas del parque, cruzó por la avenida solitaria que yo escogí como retiro, una parvada de niños y niñas: todos elegantísimos, y algunos, los más, primorosos. No eran hijos de rico, sus vestidos de telas baratas así lo indicaban, pero pertenecían indudablemente á esas familias que aunque pobres saben dar á sus niños una distinción de modales y una pulcritud en el aseo que hace de ellos pequeños príncipes.

No lejos del lugar que yo ocupaba se detuvieron los niños de mi historia y á iniciativa de uno de ellos, los más ágiles y robustos tomaron por asalto los ramos que allí había para cojer ramos de azahares que luego ofrecían con señoril galantería á las niñas del grupo. No pocos sustos llevaron los gimnastas incipientes; al trepar por los troncos se resbalaban, otros ya en las ramas altas vinieron al suelo, cayendo sobre el acolchado de la tupida yerba. Las niñas se morían de miedo y querían disuadirlos de sus intentos que juzgaban temerarios.

Sobre todo uno de los niños, el que parecía más audaz, llenó de ansiedades á las niñas por su peligrosa ascensión, de rama en rama hasta lo alto de la copa de un árbol viejo, el más viejo acaso del bosque.—¡Bájate! ¡bájate, le gritaban; pero él, obstinado, seguía haciendo imposibles evoluciones de cirquero para ganar las ramas más desviadas del tronco.

Ya iba yo á intervenir para aconsejar al niño que bajase, cuando de pronto oí el chasquido de una rama que se desgaja, luego un ruido de hojas azotadas, y lo que vi cuando cayó el imprudente, fué tan confuso que sólo recuerdo que levanté en mis brazos á una de las niñas, desmayada ó muerta, yo no lo sabía. Al caer la gruesa rama dió sobre el pilón de una fuente antigua, y rebotando hirió mortalmente á la niña causándole graves lesiones en la espina dorsal.

En un momento se llenó el parque de padres y madres de familia que al saber que había sucedido una desgracia acudieron ansiosos creyendo cada cual que el herido era su hijo.

La madre de la niña v. vía lejos y fué de las últimas en llegar y tras de ella, corriendo, venía otra niña, su hija también. Ya estaba allí el médico practicando un reconocimiento de la contusión.

«¿Viviría?» Esa fué la única palabra que pudo articular entre sollozos la madre. Sí, podía vivir la niña, dijo el médico,—un hombre de cuarenta años, aspecto duro y corazón de santo.

La niña viviría; pero la curación iba á ser lenta, difícil, costosísima. ¿Cómo solventaría la madre, viuda que apenas se sostenía con su trabajo, los gastos de la curación?

Era preciso adoptar un partido y el Doctor impuso las condiciones bajo las cuales únicamente se encargaría de la curación. No podía venir al pueblo diariamente; su clientela embargaba todo su tiempo en los pueblos vecinos y sin un tratamiento asiduo la enferma se moriría.

—«La llevaremos al hospital de las hermanas de la Caridad» propuso el médico.

—Si, Doctor, dijo la madre; sálvela usted y á todo me resignaré...

Cuantas veces fui á visitar á la enfermita encontré junto á aquella cama, la cama número 15, á la madre con los ojos hinchados de insomnio, fijos en su hija que se moría lentamente.

La enfermedad fué larga, muy larga y más dolorosa para la madre que para la hija.

La niña duerme ahora, descansa en una tumba que no tiene más flores que las que yo le llevo.

¿Y la madre? Pobre mujer..... También yo la visito, pero no en su tumba ¡ojalá que hubiera muerto cómo su hija!

Vive de un recuerdo que apagó su razón. Y como en el hospital donde perdió á su hija siempre que llevo al manicomio la encuentro junto á una cama vacía sobre la que vé su delirio á una niña agonizante. Al verme entrar me dice entre sollozos.—Mi niña se muere; mi niña se muere!.....

Pobres jamás se apartará ya de su recuerdo dolorido la cama número 15.

H. WATSON.

NUESTROS GRABADOS

*El General Ramón Blanco,
Gobernador
y Capitán general de la Isla de Cuba.*

Damos cabida en la primera plana al retrato del Marqués de Peña Plata, jefe militar supremo de las fuerzas españolas en la Gran Antilla.

Encargado por el gobierno de Madrid de resistir á la invasión con todas las fuerzas de su mando y con cuantos elementos se han puesto á su disposición, en él están fijadas todas las miradas y su conducta como militar está sujeta al juicio tremendo de la opinión.

Hay otra circunstancia que lo hace más visible en la guerra actual; á medida que los partidarios de la paz ganan terreno en la pública opinión de España, él se manifiesta intransigente y es de los que creen que la lucha debe continuarse sin tregua ni descanso. Los acontecimientos futuros decidirán si sus ideas eran fruto de una convicción racional ó engendradas en sus arrebatos de soldado.

*El Almirante Cervera y los comandantes de la
escuadra de Santiago*

Refiérennos las agencias cablegráficas que antes de

Según se ve en ese informe los Palacios de Bellas Artes se construyen á gran prisa; la obra de la planta baja está casi por completo terminada, y pronto empezarán á fijarse los pavimentos del primer piso y la cubierta metálica que debe rematar la nave del Palacio Central.

Se espera que para el primero de Enero de 1899 estará concluida la fábrica, como lo estipula el compromiso del Director general de la obra.

Los arquitectos tendrán pues más de un año para hacer las esculturas del exterior y todo el decorado interior. Esta será mucho más lujosa que la del Palacio de la Industria al que reemplazará el Gran Palacio de Bellas Artes en el próximo certamen universal de París.

Entre otras novedades el nuevo Palacio tendrá un



Don Ignacio Cervantes
[Pianista cubano.]

ralelo á la galería de Máquinas, único vestigio que queda de la Exposición de 1889

Este Palacio estará en parte oculto tras de una fuente de proporciones gigantescas, fondo maravilloso que limitará la perspectiva del Campo de Marte: sus juegos de agua se iluminarán con luz eléctrica como aquellas fuentes de la pasada Exposición

Aunque sólo faltan veintidos meses para la apertura del gran certamen internacional, se ve por el informe del Ministro que los trabajos actuales han llegado á un grado de avance comparativamente mayor, excediendo en muchas semanas, á los de igual tiempo en la Exposición de 1889; dice que las construcciones que se levantarán en el Campo de Marte y en la Esplanada de los Inválidos no podrán equipararse, desde el punto de vista de las dificultades materiales, al domo Central y sobre todo á la Galería de Maquinaria cuyas armaduras de 115 metros son el tipo más audaz de la construcción metálica moderna.

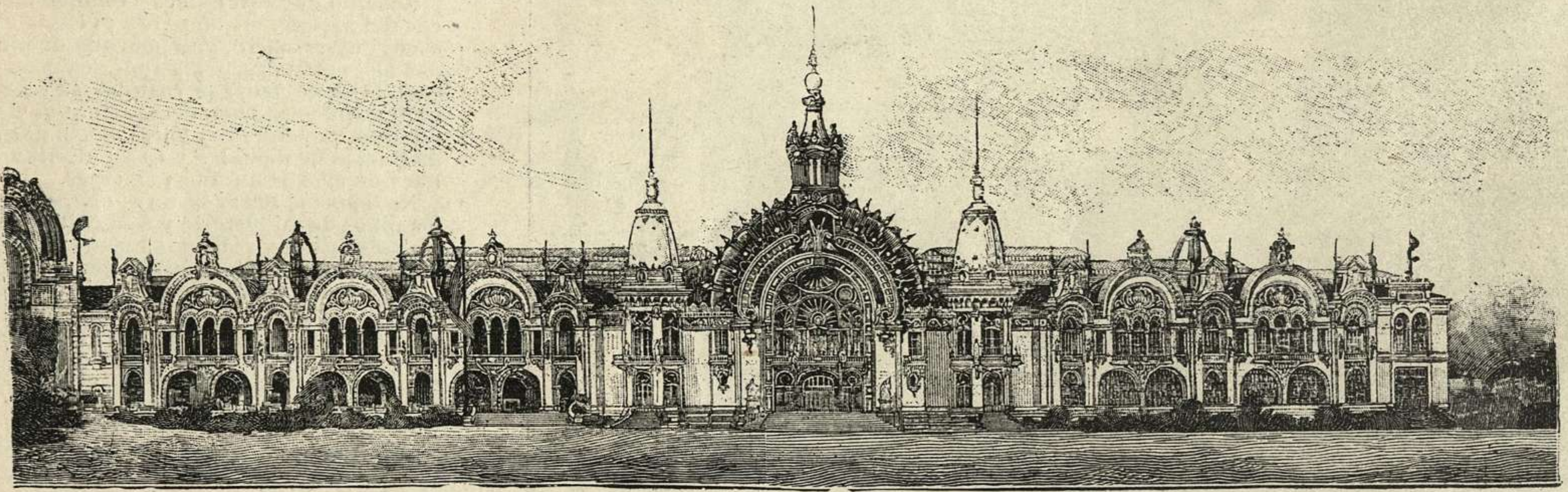
El pianista Cervantes

Damos en este número el retrato del distinguido artista que recibió tantos y tan entusiastas aplausos el viernes último en el Teatro del Conservatorio.

El clásico salón no estaba muy concurrido; pero ¿podía darse un público cuyo voto signifique triunfo más lisonjero para un artista?

El Sr Cervantes tocó con admirable maestría obras

Exposición Universal de 1900.—Los nuevos Palacios del Campo de Marte.



PALACIO DE LA EDUCACION.

decidirse el Almirante Cervera á abandonar su refugio en la bahía de Santiago, donde estaba al abrigo de los fuertes, convocó una junta de oficiales superiores de marina, á bordo del buque-insignia, y que en ella se acordó intentar este último recurso.

Obrando por propia inspiración, urgido por órdenes superiores ó de acuerdo con sus subordinados, el Almirante español se lanzó en busca de una victoria problemática, pero con la conciencia serena del que cumple con su deber.

Presintiendo tal vez su derrota ante fuerzas superiores, no vaciló un punto, y supo caer si no muerto, prisionero envuelto en los pliegues de su bandera.

La Exposición Universal de 1900.

No hace muchos días que el Ministro de Comercio de la República Francesa envió al Presidente Faure un informe pormenorizado sobre el estado actual de los trabajos preparatorios para la Exposición universal de 1900.

inmenso salón de conciertos cuya utilidad se impone á la ciudad de París, tan rica en teatros de toda clase, y que sin embargo no cuenta para esas audiciones que están de moda en la actualidad, más que con la sala del Trocadero, tan impropia por sus detestables condiciones acústicas como por su apartamiento del centro de París.

M. Louret es el arquitecto encargado de la construcción de esa nueva sala y del decorado de la inmensa escalinata de hierro y mármol y de un estilo enteramente moderno.

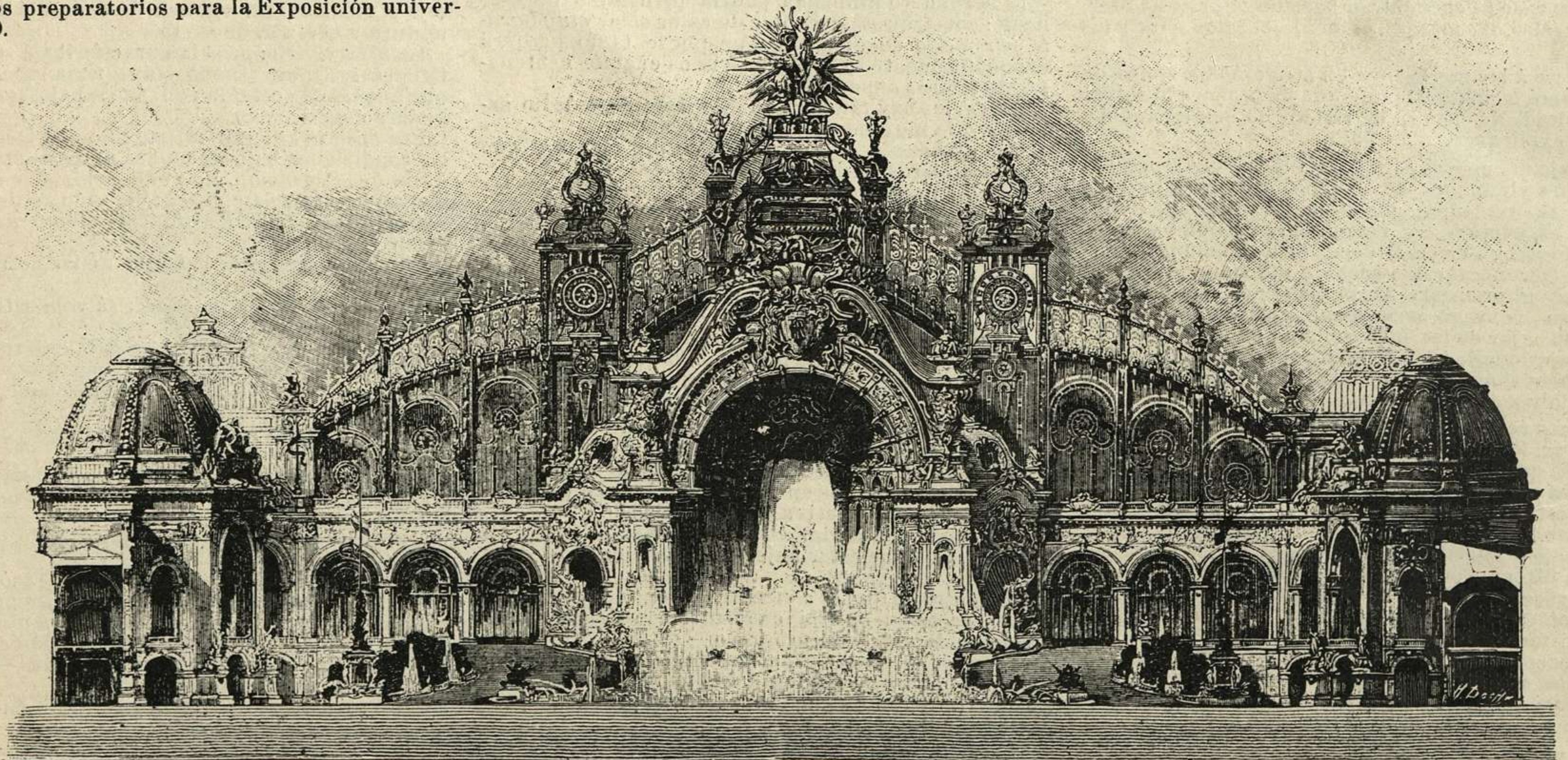
En el Campo de Marte las construcciones no están tan adelantadas como en los Campos Elíseos; apenas si se han echado los cimientos.

Varcollier, Blavette, Hermant y Sortais son los encargados de los palacios laterales del Campo de Marte. Henart edificará el Palacio de electricidad pa-

suyas y obras ajenas que interpretó maravillosamente.

No estaba solo el pianista cubano; acompañábanlo esa noche artistas que también valen mucho: la señora Caridad Eca y de Pérez, distinguida discípula del señor Cervantes, y la notable señora Galvan de Nava que canta con exquisitez deliciosa; los señores Aguirre y Villalpando, tan conocidos y que tan aplaudidos fueron en toda la República cuando formaban parte del cuarteto del Conservatorio; y por último, el señor Dettman cantante de romanzas selectas que con airoso habilidad y la distinción de un estilo correctísimo interpretó la "E-trella de la Tarde" del Tanhaüsser.

No es esta una crónica. Ojalá que lo fuera para rendir nuestros homenajes á las damas y caballeros que desempeñaron los números del espléndido concierto Cervantes.



PALACIO DE LA ELECTRICIDAD

A una desconocida

I

Dicen, dicen que es digna tu hermosura
de la púrpura, el cetro y la diadema;
dicen que es tu alma virginal y pura,
que todo tu vivir es un poema.

Que es rítmico tu andar y majestuoso,
que en tu mirada hay vastos horizontes,
y que te envuelve un algo misterioso
como el azul de los lejanos montes.

Que en tu redor esparces la alegría,
como la encina que a la grey defiende
su sombra, cuando el sol ael mediodía
las igneas alas sobre el mundo extiende.

Que en la ruda batalla de la vida
alta tu frente, nunca se doblega
como el pendón de nave combatida
que á mojar en las ondas jamás llega.

Que el ansia de ser bueno, en tu presencia,
inunda el alma y de ella se apodera,
y el ideal rev. ve en la conciencia
como la tierra al sol de primavera.

Que acaso sufres y que acaso lloras,
sola, incompleta, en tu misión sublime,
cual de un laúd, en las nocturnas horas,
perdida nota que en las sombras gime.

II

Por librarte de mal y de quebranto,
del dolo, del engaño y del hastío,
yo te envolviera, como en regio manto,
en el girón de juventud que es mío.

Peregrino del Bien y de la Idea,
de lejos miro la anhelada cima;
soldado de la vida, en la pelea
combati en todo sol y en todo clima.

Subí desde el abismo hasta las cumbres;
han sangrado mis plantas y mis manos,
he escuchado gemir las muchedumbres
he sentido rugir los océanos.

Del llanto y del placer oi los retos;
de la suerte sufrí las veleidades,
hay sepulcros que guardan mis secretos,
altares hay que guardan mis deidades.

Ni la envidia tenaz, ni el odio ciego
han quebrantado mi nativo brio.
conozco del verano todo el fuego,
conozco del invierno todo el frío.

Cual la hulla que guarda entre sus vetas
la luz y el fuego de extinguidos soles,
y que arrancada de sus hondas grietas,
nos devuelve su ardor, sus arreboles,

Tal conservo del alma en lo profundo
las enseñanzas de mi hogar bendito;
que iluminan mi espíritu errabundo,
entre las sombras, y el dolor proscrito.

De la existencia en la penosa marcha
mi pobre corazón las guarda ufano,
como el pino del norte entre la escarcha
la hermosa veste que le dió el verano.

Te ofrezco mi tesoro de cariño,
mi esperanza, mi fé, mis ilusiones;
te arrullaré como la madre a. niño,
cuando rujan deshechas las pasiones.

Abrojos no hallarás en tu sendero;
la ciencia del dolor ya me ha enseñado
á seguir del destino el derrotero:
¡sólo saben vivir los que han llorado!

III

¡Dios no lo quiera! Musa de mi lira,
eres un sueño encantador y vago:
como el eco del viento que suspira
entre las cañas que retrata el lago.

Hasta que rompa la mortal cadena
mi alma, y torne á su pristina morada,
escrito está que la candente arena
azotará mi frente fatigada

¡Adiós! ¡Adiós! ensueño de un momento:
vuelve la onda al vórtice inclemente,
á su eterno soñar mi pensamiento,
á romperse entre rocas el torrente.

SANTIAGO PÉREZ TRIANA.

EL DESTINO

El destino es de sombra y convulsiones;
La ola que se agita y se adormece,
Y en los albores de la vida mece
La nave incierta de las ilusiones.

Mas llega el huracán de las pasiones,
El risueño horizonte palidece,
Y la ola se levanta y se estremece
Con la furia de ansiadas explosiones:

.....
¡El naufragio del alma es imponente
En el revuelto océano de la vida.....!
Navega entre caricias de un ambiente
Donde fulgura la ilusión mentida,
Y de improviso se hunde en la vertiente
Del cruel sarcasmo de la fé perdida!

PEDRO ALCALÁ.

La ciencia la filosofía y la historia tienden á pa-
sarse sin Dios; pero el arte, la moral, la vida misma
en sus múltiples manifestaciones no pueden prescindir
de ese Supremo ideal.

G. M. Valtour.



Al pleno sol

HONORES TARDIOS

I

Mientras aqui vivió,—genio profundo,
poeta, grande artista, hombre de ciencia,—
tanto valió ante el vulgo su presencia
cual la de un zascandil ó un vagamundo.

Y él sostuvo angustiado y gemebundo,
—entre la hostilidad é indiferencia,—
el combate fatal por la existencia,
el incesante batallar del mundo;

Y así cruzó entre penas y zozobras,—
dejando el rastro de inmortales obras,
de la Tierra en los ásperos senderos;

Discutido por necios y pedantes,
desdeñado por vicios traficantes,
y mordido por áspides rastreros....

II

Murió!... y levanta al punto su alharaca
la caterva locuaz de escribidores,
—que en luengos ditirámicos loores
á relucir sus excelencias saca:

Toca la prensa su oficial matraca
decretándole póstumos honores;
y en su casa, ex-mansión de los doctores,
pone el Concejo una marmórea placa:—

Su nombre aclama funebre concurso;
lo aprende todo chico en las escuelas;
y es relumbrón de todo mal discurso;
A los nietos lo enseñan las abuelas;

y lo aplican del tiempo en el transcurso,
A calles, callejones y plazuelas.....

III

¡Munificenta sociedad! ¡bien! ¡bravo!...
ese afán de apoteosis y ovaciones
á tus difuntos inclitos varones,
con alma, vida y corazón alabo!

Pues los egregios próceres, al cabo,
son de la Patria timbres y blasones;
y sin ellos perecen las Naciones,
y aun fuera el hombre como ilota esclavo....

Mas te diré, con la franqueza mía,
que se me ocurre esta pregunta. al verte
justicia hacerles póstuma y tardía:—

¿A los hombres que endiosas de esa suerte
preferible el honrarlos no sería
más en la vida, y menos en la muerte?

NUMA P. LLONA.

POST UMBRA

Al soplo helado de implacable muerte
Cayó el titán; y en su postrer mirada,
Una chispa de genio quedó inerte
En la pupila inmóvil y apagada.....

¡Relámpago siniestro de heroísmo
Que se hundió en la tiniebla abrumadora,
Como al beso monstruoso del abismo
El resplandor flotante de una aurora!

Aquél último esfuerzo del coloso,
Que en ansias de volcán el alma crea,
Fué en el éter de un cielo tenebroso
La estrella que cintila y parpadea.....

Después.....todo pasó! Ya nadie nombra
Al héroe que al volar se sintió herido,
Y rodó como un átomo de sombra
A la bruma insaciable del olvido.....

Pero la fuerza pródiga y creadora
Que deja á la materia que sucumba,
No encierra el pensamiento en la traidora
Anfora de misterios de la tumba.

Ese rayo de luz no se aprisiona;
Ni se apaga, ni muere, ni se esfuma
Como endecha de amor que el ave entona
O como flor temprana que perfuma.

Flota vibrante en la extensión vacía;
Y germen del ideal, nuevo y fecundo,
Semeja al astro Rey que de la umbría
Surge otra vez á iluminar el mundo!

PEDRO ALCALÁ.

¡SURSUM!

Cual látigo de lumbre que al cielo azota
En plena faz, el rayo restalla seco;
El trueno se difunde, despierta el eco,
Y en el ámbito obscuro vibra y rebota.

Arranca intermitente y áspera nota
La dura marejada, del peñón hueco,
Y en la base le prende fosfóreo fleco
Chocando en sus artistas domada y rota.

Al furor del océano, la nave trema;
¡Ay de la andaz que lucha perdido el rastro!
A bordo hay quien implora y hay quien blasfema...
¡Oh vida!... ¡Oh duelo!... Mudo trabaja el astro
Y horadando la sombra, de paz emblema,
Flamea sus luces blancas como alabastro!

ESTEBAN MAQUEO CASTELLANOS.

Oaxaca, Mayo de 1898.

El Guante Lila

León y Elena, los dos jóvenes, hallábanse ligados un año hacia, de la misma manera que los pájaros, con ternura íntima, dictada por la simpatía que una en otro había despertado un conocimiento accidental.

Ella había sido dependiente de una corsetería en donde él compraba los hermosos corsés para sus hermanas. Seducido vagamente por la malévola sonrisa y un sí es no es coqueto de la muchacha, León, después de conocerla, había vuelto dos ó tres veces más con pretextos fútiles casi siempre, embriagándose poco á poco con la idea de una nueva conquista.

Y cuando su pequeña vivienda de estudiante acomodado y alegre fué abandonada de improviso por una compañera accidental y traviesa, á León parecióle lo más sano (inhabitado al aislamiento) llevar á su lado á aquella rubia dependiente de almacén, para llenar con una esposa el vacío de la ingrata fugitiva.

La conquista no fué del todo fácil; pero León la alcanzó al cabo de dos meses de asiduidad.

Elena era sola, su espíritu, de suyo soñador, experimentaba de continuo insanas contrariedades: ¿No era demasiado triste el verse obligada á trabajar desde las primeras horas de la mañana hasta la noche, de pié frente á las puertas de un almacén que en invierno dejaban penetrar heladas rachas de viento; tolerando la necesidad de una clientela jamás satisfecha, en tanto que otras mujeres de su misma edad—y á muchas conocía que iban ahí—ignoraban por completo el sacrificio de levantarse todos los días, ¡todos los días á la misma hora! vestirse apresuradamente y trotar sobre las aceras de muchas calles, salpicada por las regaderas de los barrereros, para llegar al fin á soportar durante el largo día el mal humor de una Madame exigente y recelosa?

Una vez resuelta, Elena abrió los brazos á la tentación: no volvieron á verla más por el almacén; sus alas la llevaron en breve desde el humilde cuartucho de una casa de arrabal hasta la cómoda vivienda que León la dió por suya.

¡Qué hermosos los días pasados en aquella deliciosa comunión! Ella, al principio, había manifestádose triste y dolorida; se quejaba de él por sus pasadas aventuras y aún de cuando en cuando, ¡la muy artera! dejaba escapar entre sus sonrosados dedos regordetes con que cubría su delicioso rubor, una lágrima que León evaporaba en la lumbre de un beso.

No obstante, se sentía ella muy á sus anchas en su nueva existencia; había dado un gran paso en la realización de sus deseos: se levantaba con los párpados hinchados de dormir, cuando el sol había recorrido un tercio de su carrera; á menudo un coche que León traía de regreso del trabajo, llevaba á la alegre pareja á través de la ciudad, al campo inundado de luz en el cual jugueteaban como dos mariposas.

El se manifestaba más y más adicto á ella. La había comprado seis vestidos en el transcurso de cuatro meses; los muebles de la vivienda fueron enriquecidos con la adquisición de dos colgaduras y una alfombra para la recámara, un tocador de gran luna biselada y un cómodo *fauteuil* en que gustaba ella de permanecer recostada horas enteras.

Por las tardes, cuando los amantes permanecían en casa, mientras ella bordaba cantando á media voz, él recorría el diapason de sus sensaciones, escribiendo sin apresuramiento ni fatuidad como muchos de aquellos sentimentales que, sin temor á críticas porque jamás se exponen á ellas, desarrollan en secreto sus tendencias y sus admiraciones al arte.

Así habían permanecido todo el verano y parte del otoño, cuando un suceso vino á agitar la suave corriente de aquella existencia.

Una mañana, Elena, aguardando el regreso de León había entretenídose en revolver los cajones de un mueble. ¡Un guante lila! ¡Un guante de mujer que no era suyo! ¡Ah, infame!



Probó á ponérselo pero fué en vano: el guante debía haber pertenecido á una mano más fina que la suya y de dedos más afilados. Este detalle le chocó: cuando se preparaba á abandonar la prenda, sublevóse en ella la coquetería del sexo, y algo como un soplo de humillación la quemó la frente.

Dispuesta como se hallaba á admitir que León hubiese tenido otros amores, el amor propio agitose en ella ante la idea de la inferioridad de su hermosura. Rabió y pateó como un chiquillo y preparose á confundir á su esposo con aquella prueba palmaria

—¡Ah, infiel! ¿De tal manera pagas el sacrificio hecho por mí? ¿Es ésta la fidelidad que me jurabas? ¿Así cubres la deuda de cariño que conmigo tienes?

El había quedádose estupefacto ante tal recibimiento, de pie en el dintel de la puerta de entrada. Y enfrente, airada como un ángel exterminador, agitando la prueba del delito, erguíase Elena sobre las puntas de sus pequeños piés, trémulos de furor los labios que una respiración agitada entreabría.

Ante esta seductora actitud, León, después de cerrar la puerta, había adelantádose sonriente, olvidando las reclamaciones y abiertos los brazos hacia Elena.

Sin embargo, ella no se dió por vencida.

¡Oh, qué pronto llega el desengaño; con cuánta razón me resistía á ser tu esposa; he aquí lo que me das á trueque de mi amor y mis caricias!...

—Y si yo te dijera, interrumpió León, que ésto no es más que una niñería tuya, que no amo á nadie más que á tí?...

—¿Y cómo lo probarías?

—De una manera bien simple: acércate, toma asiento junto á mí; yo te contaré cómo te amo, de qué manera has ido apoderándote poco á poco de mi corazón que hoy es todo tuyo. Eso es de un pasado que nada tiene para tí de peligroso porque desde tu venida está por completo envuelto en el olvido. Lo único real, lo único verdadero para mí eres tú á quien amo tiernamente.

—No, no te creo, exclamó Elena: esto mismo me asegurabas y he aquí que las pruebas te confunden. Tú me engañas, me has engañado durante mucho tiempo. ¡Oh, Dios mío!

—No, Elena, te aseguro que tu conducta es injusta para conmigo.....

—Y yo que descansaba en una fe ciega; que creía á pie juntillas en la sinceridad de tus palabras....

Después, poseída de un arranque de energía:

—Todo acabó entre nosotros: sigue como lo deseas; yo volveré á mi pobre existencia, al trabajo honesto, á mi soledad de huérfana, á llorar eternamente mi desdicha. Adiós, que el cielo te perdone.....



Pero León había apoyado las espaldas sobre la puerta cerrada, profundamente consternado.

—¡Oh, no, no te irás, no lo permitiré nunca! Si me abandonas no tendré otra cosa que hacer que arrojar-me desde esa ventana al empedrado. Yo te juro mi fidelidad; te juro que aquí (golpeándose enérgicamente el pecho) tan sólo reinas tú; que por ti soy capaz de todo... no me abandones, espera á convencerte de la razón ó sinrazón de tus sospechas, me sujetaré sumiso á la prueba que tú señales, tanto, que al fin no tendrás que hacer más que devolverme tu cariño que es mi mayor riqueza....

Y Elena se quedó; pero ¿de qué manera! haciendo.

La sombra de ésta, yendo de aquí para allí, proyectábase rápidamente sobre los cristales; después, se detenía; León vió á la sombra alzar los brazos hasta la cabeza bajarlos lentamente al busto en la actitud de un espereamiento prolongado, y borrarse después en la vidriera iluminada aún.

Se puso de pié y dió dos pasos en dirección á la alcoba; en seguida, dolorosamente resignado, volvió espaldas á la puerta, cerró las maderas de la ventana y se tendió vestido sobre el sillón.

En el mismo instante escapó de la alcoba el crujido de un mueble y el ruido sordo de algo que cayese sobre la alfombra del pavimento.

Después del desayuno, León, embargado aparentemente por alguna idea, había pretextado urgentes ocupaciones y salido de la vivienda á la calle, y dos horas después, saliendo y con la apariencia de un hombre alegre, retornaba á su habitación, daba un ligero saludo á Elena y dirigiase en seguida á su escritorio tomando ante él asiento. Púsose después de un rato de meditación, á revisar uno por uno los papeles que encerraban sus cajones, inutilizando aquellos que carecían de importancia; á veces, y con la libertad de un individuo seguro de hallarse solo, deteníase en su labor de destrucción y apoyando la barba entre las manos, quedábase meditabundo por momentos; en seguida, los papeles despedazados tornaban á caer sobre el pavimento aligerando el contenido del escritorio.

A través de las cortinillas que cubrían la vidriera, Elena observaba curiosa y ávidamente cómo León, después de un rato de inmovilidad, dejaba correr sobre el papel la pluma, aceleradamente, como aquel que tiene mucho que escribir en poco tiempo, y avivose su interés entonces como al soplo del viento la hoguera.

La comida fué hecha más lentamente que de ordinario; mostraba él una alegría impaciente, colmando de atenciones á Elena y hallando en todo un pretexto para reír y bromearla, ora buscando con su pié el de ella bajo la mesa, ora trayendo á su memoria los primeros días de conocimiento mútuo, cuando la damita con altivo continente, extendía sobre el mostrador del almacén las mercancías, ponderando sus cualidades; después, Elena fué á sentarse á la ventana con el bordado entre sus manos y León instalóse de nuevo ante su escritorio.

Caía lentamente la tarde; sobre el cielo clarísimo y sereno destacábanse las nubes iluminadas por el vivo fulgor del sol poniente que al descender sobre el enorme mausoleo de las montañas esparcía sobre éstas, sobre el Ocaso deslumbrante, por encima de los árboles y en derredor de las nubes un armonioso y cambiante brillo metálico.

El bullicio de las avenidas adquiría un aspecto diferente del de por la mañana; dispersábase por los sitios de mayor importancia ese contingente de movimiento que ofrecen los ministerios y los bancos una vez finalizados los trabajos del día; crecía el movimiento de viandantes y vehículos, y en el ambiente esparcíase un soplo de tranquilidad y reposo, producto de las agitaciones del día.

León, prosiguiendo en sus ocupaciones, formaba apuntes:

1. Carta al Comisario de Policía.
- 2 id. á Ernesto (despedida á los amigos.)
- 3 id. alapoderado (para que prepare á la familia)
- 4 id. al director de la Oficina (despedida.)
- 5 id. al propietario (adelanto dos meses de renta.)
- 6 Otra á Ernesto para que cobre las libranzas y entregue su producto íntegro.....

León sintió de pronto que dos brazos nerviosos se ligaban á su cuello en tanto que una lágrima ardiente caía sobre el escrito, é incorporose rápidamente procurando desasirse de aquella opresión.

Una avalancha de sollozos escapó de la garganta de Elena, que cubría de besos apasionados la boca, la frente y los ojos de su León, poseída de una agitación inusitada.



independientes sus habitaciones indefinidamente; poseída de una imperante energía, ocultamente halagada por la sumisión del apasionado esposo.

León había abrigado grandes esperanzas de reconciliación cariñosa pasada la primera impresión. No habían salido de casa durante el resto del día; cuando el crepúsculo incendió las nubes en el azul, á la hora del paseo á lo largo de la amplia calzada que conduce al legendario bosque, Elena negose á salir, contrariando la costumbre establecida, y permanecieron silenciosos, el uno hojeando sin leer un libro, ella sentada cerca de la ventana, contemplando abstraída la fuga de la tarde.

Una vez que las sombras invadieron la estancia, León había acercádose cautelosamente á su amada, y tomándola de improviso entre sus brazos empezó á besarla de manera ruidosa y apasionada. Ella debatíase en los brazos que la aprisionaban, impotente para escapar, rehuendo el rostro á las caricias aferrada al *fauteuil* y negándose á sucumbir, hasta que él, desalentado por tamaña resistencia, abrió tristemente los brazos dejando huir á su presa.

—Sé clemente, le decía siguiéndola hasta el sillón en que había vuelto á sentarse, aleja de ti esas sospechas que te irritan: ¿cuál va á ser mi tormento viéndote constantemente en esa actitud?

Ella le recordó su promesa: le sujetaría á prueba durante algún tiempo; no le quedaba á él otra cosa que someterse.

—¿Y voy á permanecer sujeto á la tortura de mirarte cerca de mí, á mi alcance, sin que mi boca pueda posarse en tu boca, sin que mis manos tiemblen al contacto de las tuyas?

—No califico de tortura esta privación y bien puedes soportarla en tanto que mis dudas se desvanecen; por ahora, mi resolución está tomada; más tarde, ya veremos....

Lentamente se puso de pié y encendió una bujía añadiendo:

—Hoy no tengo apetito; baja, pues, á cenar solo: yo voy á acostarme.

Y bostezando de manera provocativa y sensual desapareció en la alcoba contigua cerrando la vidriera tras de sí.

León había quedado envuelto en la obscuridad de la pieza abandonada por su esposa, apoyado en el sillón cercano á la ventana.

Pensó entonces hacerse fuerte ante sus amarguras; tomó asiento en el mismo mueble ocupado por Elena momentos antes, y púsose á contemplar los astros iluminados en el azul.

Desde la calle subían hasta la habitación los ruidos del movimiento en las últimas horas: los gritos de los vendedores de cigarros y periódicos, el rodar estrepitoso de los carruajes sobre el empedrado, el silbato de los conductores de tranvías ó la ríspida voz de un médico implorando la caridad en el dintel de una puerta.

Acababa de tomar asiento, cuando sintió penetrar en su cuerpo apoyado en los cojines del *fauteuil* una dulce sensación de calor tibio que le acariciaba la epidermis, y sus miradas volvieron de pronto á la vidriera cubierta con visillos por la cual había desaparecido Elena.

—¿No piensas levantarte hoy? pregunta á algunos días después Elena á León, acercándose al lecho en que éste había pasado la noche: ¿piensas permanecer acostado indefinidamente?

Aproximábase al decir esto, provocadoramente semicubierto por los encajes y las blondas del peinador, dejando radiar á la luz de la mañana, ante los ojos brillantes de León, sus brazos descubiertos y la cindelada blancura de su garganta.

—Son las nueve, añadía, y no se hasta cuándo te propones volver al trabajo, puesto que ahora como ayerha pasado la hora de oficina sin que tú pares mientes en ello. ¿Qué piensas hacer ahí, durmiendo eternamente?

León no contestaba, contemplando con mirada ávida á veces, á veces triste y sentimental, la figura desecable de su Elena en cuyo labio vagaba una sonrisa burlona. Cada palabra, cada sonrisa ó actitud de Elena eran para el esposo un incentivo tenáz procurado arteramente por ella con el ánimo de exaltarle hasta lo inconcebible; en alguna ocasión, había sentido flaquear sus designios ante los raptos de vehemencia de su víctima; se sentía presa de un oculo pánico cuando León dejaba asomar á su semblante la manifestación de torvos impulsos selváticos que aceleraban las palpitations de su corazón y marcaban intensas sombras bajo sus párpados; pero al cabo, la tormenta disolvíase sin estallar y la muchacha entregábase nuevamente á las faenas de su deleitoso martirio.

Sin embargo, estaba dispuesta á la reconciliación; pero á una reconciliación en que no se adivinara su deseo, y como para realizarla no encontraba forma alguna que dejase satisfechas sus intenciones, encargábase de excitar al desdénado esposo con el fin de que éste encaminase la situación á un resultado favorable.



—¿Qué te sucede? preguntaba asombrado León, ¿Estás enferma? ¿Por qué esas lágrimas? Me sorprendes sobre manera con tus arranques ¿te has vuelto loca?

—No me engañes! No quiero, ¿has oído? no quiero que hagas eso, porque me moriría de amargura! ¿Es decir que nada vale el cariño que te consagro, que no te importan mis lágrimas, que soy para ti insignificante al extremo de cometer tú un pecado, el más imperdonable y odioso?

—Pero, interrumpió él, ¿podré creer lo que dices cuando mil pruebas me has dado ya de tu indiferencia? ¿Qué puedo esperar de ti? Nada! Estoy convencido de que no hay mujeres sinceras y de que la constancia es cosa desconocida para todas. Además, es extraño lo que haces en este momento; tú estás nerviosa, es necesario ver mañana mismo al médico para que te examine y señale el régimen que más te convenga. Ve á vestirme mientras yo pongo en orden estos papeles y saldremos en seguida á dar un paseo por la Calzada... He pensado comprarte algo que vi en uno de tantos aparadores y que quiero que artes conozcas para que me des tu opinión.

—No! No estoy dispuesta á salir en tanto que tú no me jures por lo más sagrado, que renunciarás á tus proyectos, que no te matarás porque no quiero que te mates... Júralo! No vales un instante!

—¿Y puedo creer que en cambio tú has de amar-



me siempre; que serás para conmigo la misma de otros tiempos, sin absurdos rencores ni tiranías? ¿Sí? Pues bien, serénate y borra de tu alma toda sospecha, porque ya he prestado desde luego el juramento que me exiges.

Y León, dicho esto, atrajo hacia sus labios la frente enardecida de su Elena.

—Sin embargo, añadió ella déjame satisfacer mis deseos; quiero destrozarme con mis manos esos papeles odiosos que escribiste: de esta manera yo quedaré más tranquila y el recuerdo de tu locura se borrará más pronto...

—¿Y qué pueden preocuparte esos papeles que nada tienen de odiosos, prorrumió León con una carcajada, ni que relación guardan con tus congojas esos escritos inocentes? Estas loca, decididamente!

Pobres artículos que mi amor á las letras escribe y que han dado margen á tus cavilaciones de mujer deliciosamente suspicaz!.....

Hallábanse sentados la uno junto al otro, cariñosamente enlazados; en el cielo obscurecido principiaban á surgir aquí y acullá, con sus luces parpadeantes las estrellas. y de la sombra de la estancia, entre un mágico redoble de caricias, surgían como en un nimbo las siluetas de los amantes esposos sobre cuyas cabezas desplegaba sus alas la felicidad.....

AURELIO G. CARRASCO.

Ilustraciones de Hernández.

EN LOS BAÑOS DE MAR

Los dos amigos, terminado el almuerzo, entreteníanse en mirar desde las ventanas del café la gente que á la sazón concurría por el boulevard.

Parecían embargados por esa dulce melancolía que en los caracteres soñadores suelen producir las tardes de otoño.

—¿Cómo envejecemos!—dijo uno de ellos, suspirando profundamente.—En otro tiempo, en tardes parecidas, sentía yo el diablo en el cuerpo. Hoy sólo me quedan los recuerdos.—Quien así hablaba era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de fisonomía simpática y bastante grueso.

Su compañero tenía alguna más edad y no menos carnes, pero demostraba bastante mejor humor.

—Ay, amigo!—decía—Yo envejeczo sin enterarme de ello, y estoy siempre alegre, encontrándome fuerte y vigoroso. Cuando uno se mira todos los días al espejo, no nota las modificaciones que en el rostro imprime la mano destructora del tiempo. Esta sola es la causa de que no se muera uno de tristeza á los dos ó tres años de comenzar la ruina.

Para darse cuenta de tales estragos hay que permanecer seis meses sin contemplarse en el espejo. ¿Entonces si que causa efecto!

—¿Pues y las mujeres? Cómo las compadezco! Toda su felicidad, todo su poder, toda su vida, están en una belleza que dura diez años.

Yo envejecí sin darme cuenta. Cuando me juzgaba poco más que un adolescente, iba á entrar en los cincuenta años. Sin embargo, no sentía enfermedad alguna, y vivía feliz y tranquilo.

La revelación de mi decadencia túvela de un modo sencillo, al par que terrible, y me causó una impresión que duró más de seis meses. Después hallé resignación bastante para transigir casi alegremente con la verdad amarga.

Como casi todos los hombres, he estado enamorado con frecuencia durante mi juventud; pero sólo una vez me enamoré de veras.

Era muy hermosa aquella mujer. Conocía en Etretat, á orillas del mar, poco después de la guerra.

No puede darse playa más linda que aquella. Pequeña, en forma de herradura, rodeada de caprichosos acantilados que penetran gran trecho en el mar, parece escena encantadora y digna de las hermosas mujeres, vestidas con colores claros, que por allí circulan y conquistan. El sol ilumina el brillante cuadro, reflejándose en aguas de verdoso azul.

Los curiosos siéntanse cerca del agua con objeto de contemplar á las bañistas, que bajan envueltas en elegantes y amplias capas, arrojadas luego con gracioso movimiento para sumergir en las olas hirvientes, las carnes pulidas, con dulces escalofrios y estremecimientos de placer.

Allí puede juzgarse la belleza con verdadera exactitud, pues se examina á la mujer de los pies á la cabeza, sobre todo á la salida del baño.

La primera vez que vi de ese modo á aquella, me quedé embelesado. Hay rostros cuyo encanto entra en nosotros tan bruscamente, que la impresión producida nos desvanece. Cuando los encontramos, parecenos haber dado con la mujer á quien debemos amar. Yo, por lo menos, experimenté entonces esta sensación.

Hícame presentar y muy pronto comprendí que aquella mujer había herido mi corazón.

Sufrir el dominio de una mujer es cosa horrible, al par que celestial. Es más que un suplicio, y parece á la vez una felicidad increíble.

Su mirada, su sonrisa, los cabellos que agitaba sobre su frente la brisa, los menores movimientos de su cuerpo, me enajenaban, me trastornaban, me enloquecían.

Hábame dominado con sus gestos, con sus actitudes, hasta con las cosas que usaba y que á mí me parecían hechiceras.

Enternecíame sólo con ver su velo sobre una silla ó sus guantes sobre un velador. Sus vestidos parecíanme inimitables. Ninguna otra llevaba sombreros como aquellos.

Estaba casada y su esposo iba á verla todos los sábados, para marcharse los lunes; pero esto me importaba poco. No sé porqué no sentía celos; jamás ser alguno me había parecido tan poco digno de atención como aquel hombre.

¡Cómo adoraba yo en aquella mujer! ¡Qué hermosa era!

¡Creía vinculadas en ella la gracia y la elegancia! Nunca como entonces he comprendido que la mujer es un sér delicado, lleno de encantos.

Jamás había comprendido lo que hay de seductor en la curva de una mejilla, en el movimiento de unos labios, en los menudos pliegues de una oreja, en la forma de una nariz.

Esto duró tres meses. Después partí para América desesperado, guardando en la memoria un dulcísimo recuerdo.

Siguió poseyéndome de lejos como me había poseído de cerca, sin presumirlo ella tal vez.

Pasaron los años; pero no trajeron el olvido. Su encantadora imagen permanecía siempre ante mis ojos y en mi alma. Mi ternura le era fiel. Su recuerdo era para mí el mejor y más hermoso que había encontrado en la vida.

¡Qué poca cosa son doce años en la existencia de un hombre! Deslizanse lenta y dulcemente. Se suman



con tal rapidez, dejan tras de sí huella tan breve y se desvanecen tan pronto, que al volver la vista atrás no se comprende cómo ha venido la vejez. Parecía-me que solo algunos meses me separaban de aquella deliciosa temporada en Etretat.

Durante la primavera última fuíme á Maisons-Laffitte para comer con unos amigos. En el momento de partir el tren subió á mi vagón una señora gruesa, acompañada de cuatro niñas. Dirigí una mirada distraída á las viajeras, y observé que la madre tenía una cara de luna llena, sirviéndole de marco un sombrero adornado con cintas negras.

Respiraba fuertemente, cansada del apresuramiento con que había tomado el tren; las niñas comenzaron á charlar. Yo abrí un periódico y me puse á leer.

Cuando pasábamos por Asnières, díjome de pronto aquella dama:

—Dispense usted, caballero, ¿es usted el señor Garnier?

—Sí, señora. Entonces ella comenzó á reír estrepitosamente, añadiendo cuando pudo dominar la risa:

—¿Usted no me conoce? Vacilé. Creí, en efecto, haber visto aquella cara. Mas ¿dónde y cuándo?

No pudiendo salir de mi vacilación, dije al cabo:

—Sí, creo conocerla á usted; pero no recuerdo su nombre.

—¡La señora Julia Lefevre! Jamás he recibido golpe semejante.

Creí en aquel momento que todo había terminado para mí, y parecíame que se descorría un velo ante mis ojos para mostrarme cosas horribles.

¡Era ella! ¡Ella, aquella mujer casi vulgar? ¡No cabía duda! Las niñas que la acompañaban me asombraban tanto como la madre. Habíase tenido después de haberla yo perdido de vista, y ya parecían pedir un puesto en la vida.

Creí haberla visto el día anterior, y sin embargo, ¡qué cambio tan grande! Sentí un dolor violento en el corazón, y protesté indignado contra la naturaleza, reprochándole su obra de destrucción brutal.

Contemplábala azorada, sin saber qué decir. Le di la mano, y al dársela, sentí que las lágrimas acudían á mis ojos. Lloraba su juventud perdida, lloraba su muerte.

Ella también se sentía emocionada, y balbuceó con pena:

—He cambiado mucho, ¿verdad? ¡Qué quiere usted! Todo pasa. Ahora sólo soy una madre, una buena madre. Todo lo demás ha terminado. Ya suponía yo que si nos encontráramos, no me reconocería. También usted está muy cambiado; me ha sido preciso observarle mucho tiempo, para estar segura de no equivocarme. ¡Está usted lleno de canas! Ya se ve. ¡Han pasado doce años! Mi hija mayor tiene ya diez.

Miré á la niña y hallé en ella algo de los antiguos encantos de la madre, todavía indecisos, casi sin formar... ¡La vida me pareció tan rápida!

Llegamos á Maisons-Laffitte. Besé la mano de mi vieja amiga y me despedí. No había acertado á decirle más que futesas. Estaba demasiado conmovido para hablar.

Cuando me vi solo en casa, me contemplé largo tiempo en la luna del espejo y acabé por recordar lo que había sido, viendo con el pensamiento mi bigote castaño, mi cabello negro y una fisonomía joven aún..... Era ya viejo, y dije para mí: ¡Adios hermosa juventud! ¡Adios!

GUY DE MAUPASSANT.

La amistad entre un hombre y una mujer, está siempre impregnada de esperanzas ó de recuerdos de amor.

G. M. VALTOUR.

¡POR UN MARIDO!

NOVELA ORIGINAL DE MARC DE CHANDPLAIX — ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Versión española de "El Mundo Ilustrado"

Número 3.

Y he aquí que con audacia francesa hizo usted fracasar sus proyectos. ¡Bien, muy bien! Pero estoy tan sorprendida, que ni he invitado á usted á sentarse: aquí está una silla y aquí el periódico de Tananarive escrito en malgacho y en francés. Voy á dejar á usted un momento para prepararle una taza de té, yo misma, á fin de que los criados no se enteren de nada, á lo menos antes de que yo los prevenga.

— Señorita: estoy verdaderamente conmovido por tantas bondades y...

— Ya me dirá usted eso más tarde. Voy á abrir la puerta. No hable usted.

Y se llevó un beso á los labios con tanta gracia que no parecía una dama imponiendo silencio, sino un niño enviando un beso volado.

Se fué y volvió á poco, trayendo con mil precauciones, una tetera en la mano derecha, y en la izquierda, tazas, platos y azucarero, en tanto que con los brazos comprimía la lechera contra su seno.

— Ayúdeme usted, dijo riendo, porque si no se cae todo; pero antes cierre usted la puerta.

De Chalmont se dió prisa á cerrar que era lo más importante y luego ayudó á Nelly á desembarazarse del servicio del té; pero en esto, viéndose tan cerca de la jóven, tocando sus manos delicadas y tersas, en esta entrevista tan inesperada, estaba de tal modo conmovido que la sonrisa de Nelly se borró y aún apareció reservada al arreglar la mesita y tender la servilleta. Se había enojado? No porque en la conducta del oficial nada había habido reprochable. Se había conmovido también?

Cuando vino este pensamiento á la mente del Comandante, Nelly le pareció más seductora y sintió como un presentimiento de que iba á amarla pero le rechazó en el acto. ¡Era tan jóven con relación á él! Y además; una vez partiendo de Ambohimarina ni la más remota posibilidad quedaría de volver á verla.

Acercose pues, ya sin precauciones, á Nelly que arreglaba la mesita del té y le dijo:

— Quiere usted que la ayude? Pero noto en el aspecto de usted que se arrepiente de haberme dispensado tan benévola acogida.

— Yo? Contestó la jóven rápidamente. No está bien que diga usted eso... Pienso, es verdad, pero en la partida de usted que quisiera yo retardar todo lo posible y me pregunto cómo vamos á salir de este apuro.

—Cuál apuro?

— Pues sí. Cómo va usted á salir de aquí sin ser visto? Es una casualidad que el centinela se haya dormido, porque hay sargentos y capitanes que los vigilan y á quienes temen mucho.

— Explicando la verdad de lo que me pasó y que no conocía la consigna...

— Correríamos el riesgo de no ser creídos y de que se acuse á mi padre de traición.

— Acusación que nada significa en las circunstancias en que Francia está respecto de los hovas... Nosotros tenemos el protectorado de la Isla.

— Pero el gobierno de la Reina no da al protectorado la misma significación que usted, se creen libres y trabajan en secreto contra Francia y juzgarían que nosotros, es decir, mi padre...

— Eso no me lo perdonaría yo nunca, dijo de Chalmont muy inquieto... Y qué sucedería si sospecharan?

— Poca cosa. Nos envenenarían.

— Me hace usted temblar, dijo él, aproximándose á la jóven y tomándole la mano en un arranque de terror más fingido que real... pero no me atrevo á creer...!

Ella lanzó una mirada rápida y dulce aunque un poco sorprendida, y desprendiendo lentamente la mano, dijo sonriente:

— No: acaso por consideración á nuestra calidad de súbditos ingleses, nos tendrían ciertas consideraciones y solamente nos despedirían, olvidándose sin duda de pagar á mi padre.

Y como de Chalmont inclinara la cabeza sin saber qué contestar, Nelly añadió:

— Después de todo esto, no disminuirá mi dote... Como no tengo nada!

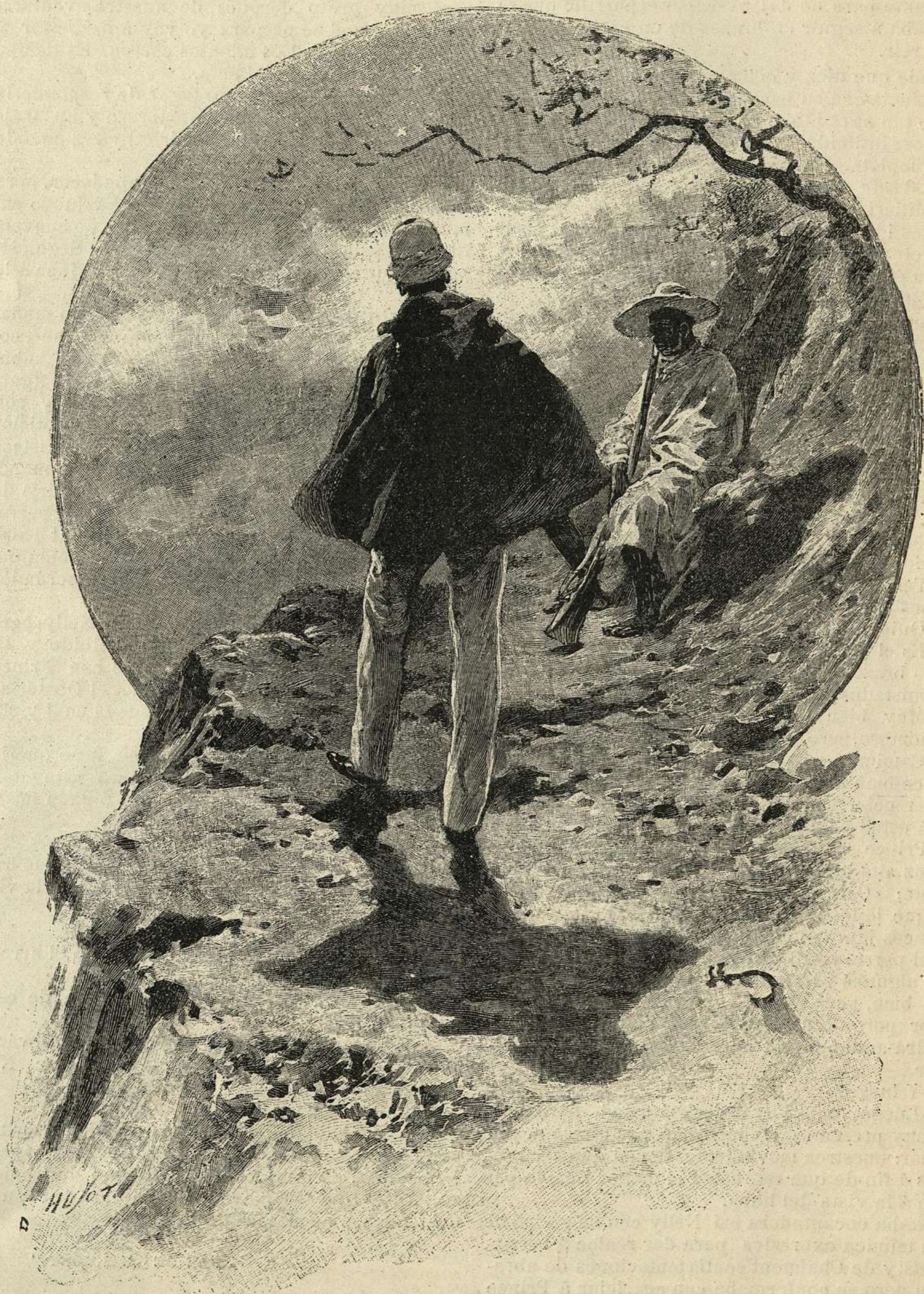
— Es usted demasiado bella para necesitar de dote.

— Pero para qué seguir hablando de eso... Quiere usted que ponga leche en su té?

— Muy poca. Gracias; contestó él maquinalmente y empezando á inquietarse de veras. Serían fundados los temores de esta niña? Sin embargo, no era imposible partir pasando lejos del centinela.

— Un sabio francés que me acompaña y al cual dejé en mi alojamiento, diciéndole que iba á un corto paseo.

— Nadie había hablado aquí de tal Doctor. Pero esto me da una idea. Aguarde usted. Todo puede arreglarse y si mi plan resulta, no solamente irá usted á su casa sin ser visto y sin correr peligro alguno, sino que hasta podremos vernos mañana y todos los demás días. Sólo que será necesario que usted haga cuanto yo le diga. Me lo ofrece usted?



— Por nada en el mundo, dijo, querría yo ser causa de un disgusto para usted: dentro de breves instantes partiré y le prometo que nadie me verá, así debiera costarme la vida.

— Oh! no, yo le suplico, le ruego, exclamó ella con espanto, no lo intente usted, se mataría. Sólo hay el sendero que usted trajo, y que es muy angosto. De ambos lados la roca está tajada á pico y el abismo es muy profundo. No... yo no le dejaré á usted irse así.

— Sin embargo, es necesario que parta ya y sin retardo, pues temo que el Doctor inquieto por mi tardanza se ponga á buscarme.

— Un Doctor! Quién es?

— Por evitarle un disgusto, haré hasta imposibles.

— Vamos á verlo. De pronto, necesita usted disfrazarse ahora.

— Ya lo había pensado; pero si el disfraz no es difícil, el papel del personaje sí lo es y sería más grave la situación si se me descubriera.

— Bueno. Veo que empieza usted á desobedecerme. Y su promesa? Espere usted... Una vez disfrazado de hova saldremos los dos...

Nelly vaciló un momento, tomó el perrito que estaba dormido en el suelo, lo tendió en sus rodillas y acariciándolo prosiguió con los ojos bajos:

— Dejará usted aquí su ropa. Luego... (es ne-

cesario no omitir detalles) se levantará usted los calzones hasta arriba de las rodillas y las mangas arriba de los codos. Como es usted moreno—añadió arresgando una mirada y bajando luego los ojos—no será sospechoso y si se descalzara usted no habría más que pedir. Aquí acaba la parte más difícil de mis explicaciones, dijo, y con aire de travesura arrojó bruscamente el perrillo á los brazos de Juan.

Este que no se lo esperaba, dió muestras de una sorpresa que resultó cómica, y entonces ella empezó á reir con una risa franca, joven, harmónica, que hacía brillar sus dientes y ondular su seno, y humedecerse sus ojos, y tan comunicativa que el Comandante rió también.

—Pero no seamos tan ruidosos, añadió Nelly; pues si papá despierta se preguntaría qué es lo que sucede aquí. Le pareceré á usted mal educada; pero es bueno reir alguna vez, sobre todo si se piensa en un plan que va á dar buen resultado.

Luego, viendo los esfuerzos que hacía el Comandante para no dejar escapar el perrillo que se rehusaba á seguir en brazos de un extraño, volvió á reir.

Desde que diez y ocho meses antes, Juan salió de Francia con su barco, no había tenido un momento tan agradable, una impresión tan grata de deliciosa intimidad, una ráfaga de olvido de todo tan completa. Le parecía que había conocido á Nelly desde pequeña y veía como muy natural la familiaridad con que se trataban.

Estas ideas cruzaban rápidamente por el cerebro del marino, mientras Nelly reía y mientras perdía él la noción del sitio en que se hallaba.

Después Nelly se sentó junto á su nuevo amigo y empezó á acariciar al perro que ya no pensó más en escaparse.

—Es necesario que se familiarice con usted, dijo, porque esto forma parte de mi proyecto; y ya que me ha perdonado usted mis niñerías siendo conmigo de tan buen corazón, voy á continuar refiriendo á usted lo que he proyectado.

—Soy todo oídos.

—Pues bueno, ya que esté usted vestido de hova, en cuanto sean las nueve y media... no son todavía?

—Son las nueve.

—Tenemos tiempo. A las nueve y media, saldremos usted, Prince y yo,

—Quién es Prince?

—Es el perrito que al fin se decidió á dormir en los brazos de usted. Acarícelo para estrechar las amistades.

—Muy bien... No recuerdo donde he oído ese nombre, pero poco importa. Siga usted Nelly.

—Caminará usted delante de mí; y Prince que conoce bien el camino, nos precederá á muy corta distancia. Durante todo el trayecto no me hablará usted palabra, y en el momento exacto en que Prince pase cerca del centinela, diré á usted en voz alta una frase en hova cuya significación es esta: «Carga el perro, gandul perezoso, no ves que le lastiman los guijarros?» Pasará usted entonces junto al centinela corriendo para alcanzar al perro: yo llegaré casi inmediatamente, cruzaré algunas palabras con el soldado que me conoce bien, para decirle que voy á ver al Gobernador porque mi padre está enfermo y usted seguirá andando sin apresurarse, pero sin detenerse.

—Y luego?

—Luego... Voy á decir á usted, pero tenga muy presentes las instrucciones que le acabo de dar: nuestros movimientos tienen que ser precisos á fin de que esté usted el menor tiempo posible á la vista del hova.

Estaba encantadora así Nelly con su seriedad y su mímica expresiva para dar realce á las palabras, y de Chalmont sentía tentaciones de abrazarla pero se conformaba con acariciar á Prince que más cariñoso ya y despierto, le lamía las manos.

—Muy bien, bravo, señorita Nelly! Confíe usted en mi inteligencia y sobre todo en la decisión que tengo de evitar á usted un disgusto. Haré todo lo que se me ha indicado y ¿después?

—Después, punto final: Usted se va para su casa, siempre con Prince, no hay que olvidarlo, y yo voy realmente á ver al gobernador. Escojé las nueve y media, porque á las horas es cuando vienen las rondas y cambian los centinelas; así, cuando regreso yo después de las diez no estará en el punto el mismo soldado y no se admirará de verme regresar sola. Al gobernador le diré

que ha empeorado papá (lo cual desgraciadamente es verdad) y le pediré que vaya á verlo el Doctor que acaba de venir.

Vacilará, ya lo sé; ofrecerá enviar á mi padre en fitakon á la casa de usted pero le diré que bastará con una visita. Luego para conciliar le diré que mi padre y yo estamos prontos á cambiarnos á otra casa fuera del fuerte mientras permanezcan ustedes aquí y en fin, lo amansaré. Eso corre de mi cuenta.

Pero el tiempo vuela y no hay que perderlo: arréglese usted.

De Chalmont, á quien quedaban todavía algunos escrúpulos dijo:

—¿Qué va á decir su papá de usted! y luego, el cambio de casa... ¡cuántas dificultades he producido á usted por mi tontería!

—No se cuide usted de eso: mi padre se felicitará de poder consultar á un médico y acaso lo alivie su sabio amigo de usted. Además, añadió sonriendo con una sonrisa que acabó de cautivar al marino: así, nos veremos todos los días, lo que será muy grato después de nuestra aventura. Mientras usted se prepara yo voy á despertar y prevenir á papá. Los minutos corren. Es tiempo de obrar. Vuelvo en el acto.

Sin dejar al Comandante lugar de responderle salió y volvió trayendo un sombrero y un traje de hova; y se apresuraba á salir otra vez cuando de Chalmont la retuvo:

—Oígame usted, le dijo, voy á obedecer, pero aténdame una pregunta, mejor dos, y luego enmudeceré como un pescado. Primera: no convendría que saludara yo al Señor Mayor? Segunda: por que quiere usted que me lleve á Prince á la casa?

—Contestación; ya tendrá usted tiempo mañana para ver á mi padre, y en cuanto á Prince, como quedaría yo muy inquieta sin saber si había usted llegado bien, lo llevará usted para colgarle al cuello un billete en que me lo avise y saltarlo para que vuelva á mi lado con esas noticias de usted que leeré antes de recojermelo. Vístase usted, volveré á dar á su disfráz la última mano.

Todo sucedió conforme á las previsiones de Nelly. Bajo el pretexto de correr tras del perro, de Chalmont pasó como una saeta junto al centinela en tanto que la joven atraía la atención del soldado noticiándole que iba á ver al gobernador para un asunto urgente.

Juan tuvo tentaciones de esperar á Nelly; pero no era esa la consigna que había recibido y siguió resuelto hasta su casa siempre con Prince en los brazos. Al entrar vió que ya el Doctor se había retirado á su aposento, desde el cual y sin abrir la puerta le dijo.

—Ya comenzaba á inquietarme y no quería dormir sin que usted regresara; pero estoy tan fatigado que me acosté. ¿No le pasó nada desagradable?

—Nada, Doctor.

—Bueno. Pero ya me olvidaba... Apenas había usted salido cuando vino una visita, no la vió usted?

—A quién?

—A la señora de Volanabé que trajo el arroz prometido.

—Ah! es verdad. Me había olvidado de ese obsequio.

—Al instante se regresó descontenta y llevándose su arroz. Buenas noches, Comandante. No se olvide usted de cerrar la puerta.

—Buenas noches, Doctor.

Mientras hablaba, de Chalmont había escrito con lápiz estas palabras en un pedazo de papel, "Gracias, de todo corazón. Llegué sin tropiezo. Ansío que llegue la mañana para ver á usted. Buenas noches, señorita Nelly."

JUAN DE CHALMONT."

Levantó á Prince de una caja de galletas exquisitas donde lo había puesto á darse un banquete; le ató al cuello con cuidado el papelito y abriéndole la puerta lo dejó libre.

Prince partió á escape y de Chalmont se acostó.

Tarde hubo de dormirse, y al amanecer tuvo un sueño del cual después apenas se acordaba y en que se mezclaban las risueñas caritas de unas sobrinas pequeñuelas que tenía en Francia, con otra carita también infantil y bella que le decía que hay tíos que se casan con sus sobrinas y la pasan muy bien.

—Buenos días, Comandante; excúseme usted por haber entrado de improviso: dijo una voz

gruesa que no era la de su sueño. De Chalmont despertó.

—¿Es usted, Ivon? preguntó frotándose los ojos. ¡Qué diablos traen á usted por acá tan de mañana!

—Es más tarde de lo que usted se imagina. Ya dieron las ocho.

—Imposible! ¿Ya se levantó el Doctor?

—Hace tiempo. Por allí lo encontré que iba con Ravouna á buscar óperas.

—Óperas?

—Unas arañas que parece que se llaman así.

—Ah! Epeiras... Y qué paquete es ese que trae usted?

—Justamente me permití entrar porque se me dijo que esto era importante.

—Que cosa?

En vez de contestar Ivon registró sus bolsillos y de una cartera grasienta extrajo una carta.

—Tenga usted.

El olor á violetas que se desprendía del sobre hizo comprender á de Chalmont desde luego quién le dirigía la carta que decía así:

«Querido Comandante»:

«Estoy muy contenta. Exito, gran éxito en toda la línea. El Gobernador apesar de sus resistencias ha sido completamente vencido, lo mismo que la barbuda persona que pondrá en manos de usted esta carta y un paquete conteniendo los vestidos de usted, y que de pronto no simpatizaba conmigo.

"Se nos ha dado una casa que hay junto al templo, y al amanecer hemos empezado á trasladarnos á ella. Como esto no es difícil está casi terminado, ¡había tantos cargadores y tan pocos muebles!

"La sola idea de ver al Doctor está mejorando á papá. Esperamos á usted pues con su amigo á las nueve y media si es posible, y luego me acompañará usted si gusta al templo, porque el Gobernador levantó la consigna á nuestro encierro y hasta nos ha convidado al banquete oficial de esta noche. Temo que papá no pueda ir, pero yo iré y ¡ya verá usted si me luzco!

"Ahora me encontré á Prince echado sobre los vestidos de usted, y porsupuesto que regañé un poco al atrevido, pero no más un poco porque su acción me probó que ya le quiere á usted.

"Envío á usted mil expresiones afectuosas de parte de mi papá, y yo estrecho á usted cordialmente la mano.

"Hasta muy pronto, querido Comandante.

NELLY."

Esta carta llenó de regocijo á de Chalmont.

Todo iba bien y su indiscreto paseo de la víspera no haría disminuir la dote de Nelly. Pero qué quería decir con eso de la persona barbuda que no había simpatizado con ella?

Saltó de la cama para vestirse; y como Ivon diera señales de partir,

—No, le dijo, quédese usted, y mientras me arreglo explíqueme qué ha pasado entre usted y la joven que me envía esta carta. Ante todo: dónde la encontró usted?

—Ah! Un pimpollito! contestó Ivon, y amable y valerosa! Lastima que sea inglesa! aunque me ha dicho que más bien era francesa... Es preferible por que de los ingleses no hay que fiarse, aunque entre ellos suele haber gente buena. En fin y para venir al asunto, esta mañana tempranito paseaba yo al pie del fuerte, cuando vi venir una multitud de hovas que traían muebles, paquetes, el diablo y su equipaje! y luego á un inglés en un fitakon. Tras de él venía una joven con un perrito. Al Mayor yo lo había visto alguna vez en Tananarive pero no sabía que estuviera aquí; parece que vino hace poco y que está al servicio de los hovas, lo cual es un oficio de los demonios que he probado. De pronto vi á la niña, que me vió también como si quisiera hablarme, y luego vi al perro que me había llamado la atención por ser *bull dog*, raza que no hay en Ambohimarina.

—Ah! es verdad... dijo el Comandante era Prince; no es así?

—Exactamente, contestó Ivon sorprendido ¡que bien se acuerda usted del nombre! Lo llamé y vino á acariciarme, y entonces lo tomé en brazos y dije en inglés á la joven: Es de usted este perro?

—Y muy mío! —Pues bien, es usted una descarada y miente. Este perro lo ha robado usted. Frunció el entrecejo, corrió hácia mí, levantó la mano y ¡cáscaras! me habría dado la bofetada del siglo si no hago un cuarto de conversión.

—Ah! es verdad... dijo el Comandante era Prince; no es así?

—Exactamente, contestó Ivon sorprendido ¡que bien se acuerda usted del nombre! Lo llamé y vino á acariciarme, y entonces lo tomé en brazos y dije en inglés á la joven: Es de usted este perro?

—Y muy mío! —Pues bien, es usted una descarada y miente. Este perro lo ha robado usted. Frunció el entrecejo, corrió hácia mí, levantó la mano y ¡cáscaras! me habría dado la bofetada del siglo si no hago un cuarto de conversión.

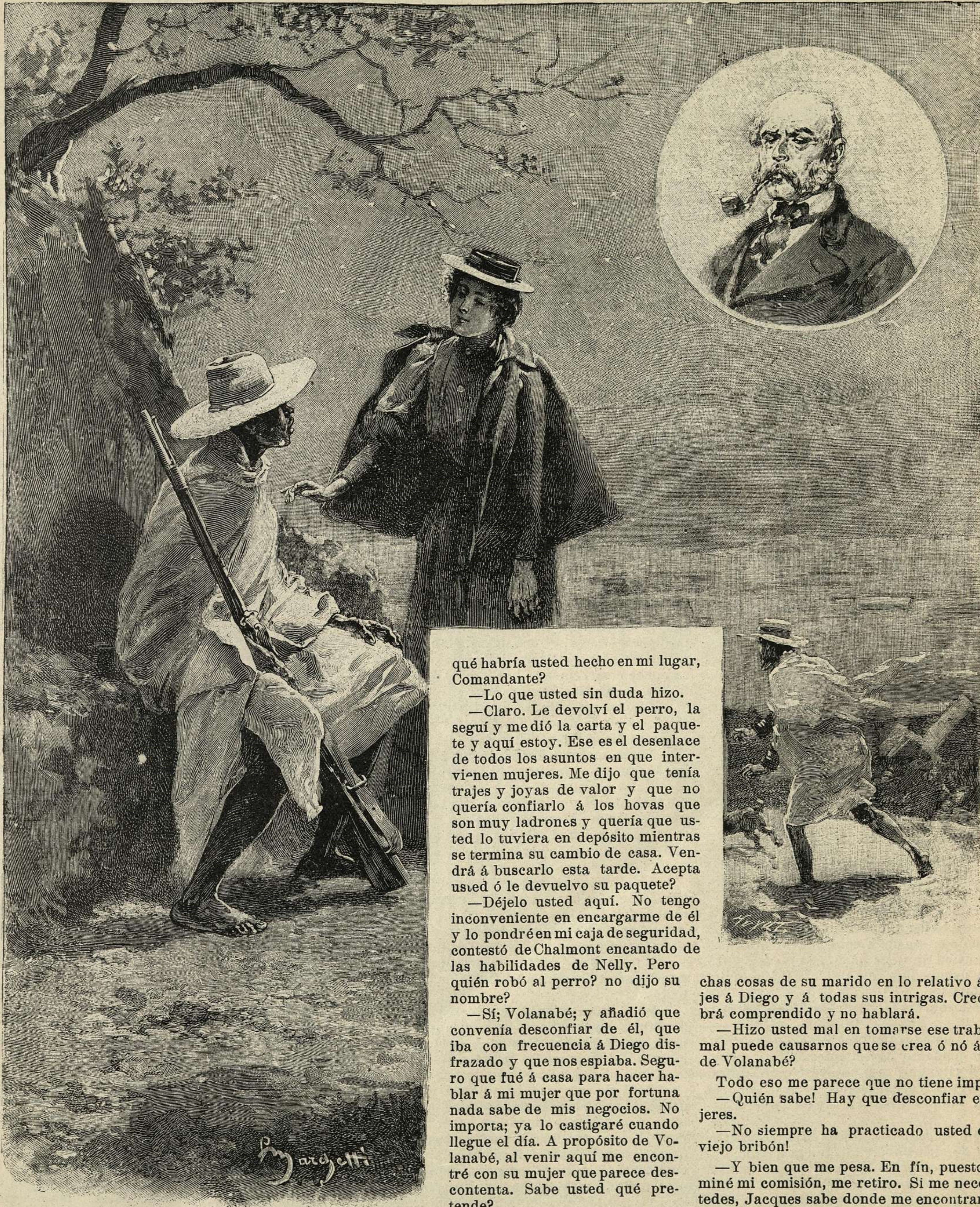
—Buenos días, Comandante; excúseme usted por haber entrado de improviso: dijo una voz

—Quién es usted para hablarme así? Me dijo ella en francés. Conmovido al oír el idioma patrio y maravillado al ver su valor, comprendí que había estado un poco grosero y le di mis excusas diciéndole lo que soy; un buen hombre, antiguo marino, Ivon, intérprete que vengo acompañando al Comandante del Colibrí y al Doctor Lerbón.

usted me ha dicho que el Comandante del Colibrí trae consigo un Doctor, voy á escribir una carta al Comandante para rogarle que me lo traiga y usted llevará mi carta. No es así? Y yo quedaré muy agradecida y hasta le daré á usted el perrito con todo y que lo pagué y ya le tengo cariño.» Todo esto me lo decía con mucha gracia y...

do y la mujer de Volanabé no lo había reconocido: en todo caso podía negar.

—A todo lo que nosotros decíamos, prosiguió Ivon, contestaba que no se había equivocado, y entonces, para que no vaya con todo el mundo á llevar sus disparates, cambié de conversación y diestramente le dejé entender que yo sabía mu-



qué habría usted hecho en mi lugar, Comandante?

—Lo que usted sin duda hizo.

—Claro. Le devolví el perro, la seguí y medió la carta y el paquete y aquí estoy. Ese es el desenlace de todos los asuntos en que intervienen mujeres. Me dijo que tenía trajes y joyas de valor y que no quería confiarlo á los hovas que son muy ladrones y quería que usted lo tuviera en depósito mientras se termina su cambio de casa. Vendrá á buscarlo esta tarde. Acepta usted ó le devuelvo su paquete?

—Déjelo usted aquí. No tengo inconveniente en encargarme de él y lo pondré en mi caja de seguridad, contestó de Chalmont encantado de las habilidades de Nelly. Pero quién robó al perro? no dijo su nombre?

—Sí; Volanabé; y añadió que convenía desconfiar de él, que iba con frecuencia á Diego disfrazado y que nos espiaba. Seguro que fué á casa para hacer hablar á mi mujer que por fortuna nada sabe de mis negocios. No importa; ya lo castigaré cuando llegue el día. A propósito de Volanabé, al venir aquí me encontré con su mujer que parece descontenta. Sabe usted qué pretende?

—No.

—Pues dice que anoche fué usted al fuerte y que ella le siguió á usted de lejos.

De Chalmont se estremeció imperceptiblemente. —Y añade que allí debe usted haber dormido, porque estuvo acechando y no lo vió regresar.

—Está loca! dijo de Chalmont que parecía no querer dar importancia al caso.

—Eso le dijo Ravouna, asegurándole que á las diez oyó á usted entrar.

Así pues, Ravouna no lo había visto disfraza-

chas cosas de su marido en lo relativo á sus viajes á Diego y á todas sus intrigas. Creo que habrá comprendido y no hablará.

—Hizo usted mal en tomarse ese trabajo. Qué mal puede causarnos que se crea ó nó á la mujer de Volanabé?

Todo eso me parece que no tiene importancia.

—Quién sabe! Hay que desconfiar en las mujeres.

—No siempre ha practicado usted esa regla, viejo bribón!

—Y bien que me pesa. En fin, puesto que terminé mi comisión, me retiro. Si me necesitan ustedes, Jacques sabe donde me encontrará. Adios.

—Hasta la vista.

Luego que Ivon partió, de Chalmont desató cuidadosamente el paquete que debía contener las joyas de la señorita Nelly y sacó sus vestidos colocando en cambio los de hova que le fueron prestados la víspera.

Estaba en esta labor cuando entró Lerbon que en el acto fué puesto al corriente del favor que deseaba el Mayor inglés.

El excelente Doctor encantado de poder ser útil, guardó su caja de botánico, se vistió cuida-

Mientras hablábamos la silla de manos seguía su camino sin que el Mayor se apercibiera de nada. Cuando ella supo quién era yo, se calmó y me dijo con mucha gentileza: «Lo perdono á usted, venga conmigo y le explicaré lo que debió preguntarme con más cortésia. No soy una ladrona: compré el perro y lo compré caro sin saber que era robado aunque debí figurármelo. Diré á usted el nombre del ladrón y en cambio usted me hará un servicio: como mi padre está enfermo y



dosamente y á las nueve y media los dos franceses se presentaron en la casa de Nelly.

Como Volanabé hablaba inglés y francés, el Gobernador lo envió pero más bien en clase de espía que de intérprete, y él fué quien hizo las presentaciones.

De Chalmont y Nelly se saludaron como si fuera la primera vez que se veían, pero ella encontró medios de ser elocuente sin hablar. En los veinte segundos que estuvo su manecita presa en las del marino le dió á entender: «si viera usted que contenta estoy volviéndole á ver.» Luego penetrada por no sé qué pensamientos amorosos que adivinó en la mente de su amigo, levantó los ojos muy dulces, muy radiosos, muy ardientes, y los puso como una caricia en los ojos de Juan.

El Mayor era un escuálido personaje de cincuenta años de edad, muy alto, muy colorado, muy calvo, con una gran nariz que no indicaba hábitos de sobriedad. Mientras Juan y Nelly se dirigían cortesías secas, el Mayor hablaba con Lerbon.

—Doctor, le decía; agradezco á usted mucho que haya venido y hasta me siento mejor. Mañana creo que podré pagar á ustedes su visita.

—Ya veremos, contestó el Doctor. Por ahora siéntese usted, señor Stephenson pues debe usted sufrir mucho con ese pié hinchado, pero el estado general de usted no tiene nada de grave; pienso que padece usted solamente de gota. Me permite usted auscultarlo?

Y volviéndose al Comandante y á Volanabé, prosiguió:

—Si fueran ustedes tan amables que me dejaran sólo un momento con el enfermo?... usted también señorita, pero tranquilícese usted: el estado del señor Mayor no puede inspirar temores y confío en que pondremos á raya á la enfermedad.

—Qué bueno es usted! dijo Nelly, y qué contenta estoy de oírlo hablar así! Luego añadió: Comandante, es necesario obedecer; venga usted á mi aposento y usted también, Volanabé. Usted fumará un cigarrillo si gusta mientras yo voy á los oficios.

Volanabé vaciló: aunque conocía bien el francés, no sabía la significación de la palabra auscultar. Además, ¿á cuál entrevista era preferible asistir: á la del Comandante y Nelly ó á la del mayor y el Doctor? Al fin se decidió.

—Me quedo aquí si no estorbo, pero no haré ruido, lo prometo.

—Quédese usted amigo mío, dijo el Doctor con aire malicioso, pero ni se mueva, ni hable.

Juan siguió á Nelly.

La sala de donde salieron era la única que tenía puerta para la calle; el otro aposento estaba comunicado con el patio y con dos cuartos de dormir. En el fondo del patio, cocina y cuarto de criados.

—Ya vió usted toda la casa, dijo Nelly, que por cierto está todavía muy desordenada. Papá quería detenerlos á ustedes á almorzar, pero ¡asómbrese usted! yo me opuse. Mañana vendrán ustedes y ya todo estará listo para recibirlos. Esta noche comeremos en bárbaro, lo cual será muy divertido. Quiere usted fumar?

—Gracias señorita, es usted muy amable.

—Qué busca usted? Fósforos? Voy á traerlos. Siéntese usted mientras en ese sillón.

—No se moleste usted, tengo fósforos; usted me abruma con sus bondades; estoy confuso.

—Fume usted y no se preocupe, voy á ponerme los guantes y el sombrero. ¡Lástima que no haya aquí una iglesia católica!

—Cómo! es usted católica? preguntó Chalmont, satisfecho sin saber por qué, de esta comunidad de religión.

—En el Canadá todas las familias de origen francés lo son, contestó Nelly arreglándose frente al espejo.

Cuando hubo terminado interrogó sonriendo:

—Qué le parece á usted mi sombrero?

—Encantador. Esas cintas verdes resaltan admirablemente combinadas con el color de los cabellos.

—Sí; el verde sienta muy bien á las rubias. á las rubias encendidas, á las rubias venecianas como yo. Le agradan á usted los cabellos de este color? Hay quienes los detestan.

—Esos no han visto á usted nunca.

—Cuidado con esas galanterías que me dice usted sin sentir! Debe usted encontrarme muy tonta y yo tengo la culpa por haberme mostrado demasiado infantil y expansiva, pero... ¿qué quiere usted? Nuestro encuentro inesperado en pais bárbaro, nuestro origen común, la carrera de usted que me encanta y en fin, que me parece como si desde que nació conociera yo á usted... Pues me voy á corregir y á ponerme muy formalita desde ahora.

—Hará usted muy mal, porque me cautivan esos deliciosos charloteos de pajarillo. A mí se me figura también que toda mi vida he estado al lado de usted, y aún me recuerda á una niña á quien quiero mucho.

—Nelly se volvió lentamente y preguntó con voz seca:

—Una novia?

—Juan se echó á reír.

—Una novia! No ve usted que soy viejo para eso?

—Viejo? Usted no piensa una palabra de lo que dice y hasta me creo que está usted procurando que á mi vez le diga galanterías. Tanto peor, porque no se las diré; y en cuanto á la niña á quien quiere usted mucho, quién es?

—Una que me dice *tío* aunque no somos ni parientes. Tiene casi la edad de usted y es hija de mi mejor amigo.

—Pues que edad tengo yo?

—Diez y siete años á lo más.

—No soy tan chiquilla: diez y ocho, y cumplidos ya, señor mío. Para qué quiere usted achicarme, para que le diga yo *tío*? Me sería muy satisfactorio. Desgraciadamente mañana se va usted, pero siempre me agrada escribir á usted cartitas muy cucas que empiecen así: «Querido tío...» Justamente la plaza está vacante porque yo no tengo tío ni tía, ni hermanos ni nadie que me ame, excepto mi papá. Cuando tenía seis años perdí á mi madre, y luego se me puso en el convento de donde salí hace dos años para reunirme con mi padre á quien pocas veces había visto. Ya ve usted que estoy en aptitud de ser una sobrina aceptable... Pero no digo más que frivolidades con todo y mis propósitos de enmienda. Debe usted tener de mí una opinión detestable. Quiere usted ser indulgente conmigo?

—Soy un torpe, que he despertado en usted recuerdos dolorosos. Ayer se portó usted no sólo como una persona grande, sino caritativa, hábil y valerosa. Me hizo usted un gran servicio y no sé ni como explicarme para manifestar mi gratitud.

—No hablemos de eso, pues obré más en interés propio, que por el deseo de favorecer. Pero en cambio de ese servicio, voy á pedir á usted otro: quiere usted abotonarme este guante?

Y Nelly levantó hasta el codo la manga de su vestido y enseñó un brazo tan blanco, tan satinado, tan hermoso, que uniendo esto á las redondeces del talle quedaba uno bien convencido sin necesidad de largos discursos, de que ya no era una chicuela.

Temblaron las manos del marino al ejecutar la delicada tarea, y se sintió más conmovido de lo que creía estar. Todas esas niñerías, esos juegos más ó menos inocentes, esas coqueterías, le tenían mareado y sin hallar palabras para seguir la conversación.

Todo lo que él sabía de Nelly es que que era bella, muy bella, y en el fondo de su alma sentía que la amaba, pero no era capaz de aprovecharse de una impresión pasajera de la niña, ó de la exaltación de su mente para engañarla. Oh! no. En cuanto á casarse, ni él lo creía cuerdo ni ella habría tal vez aceptado.

Y Nelly qué pensaría?

Estaría divirtiéndose? Pensaría dominarlo para reír en seguida, ó estaba ensayando sus habilidades por instinto en este país donde no había nadie digno de contemplar sus encantos?

Toda esto pensaba al abotonar el guante y se sentía ridículo y descontento á la vez, muriéndose de ganas de alzar los ojos y ver una boquita cuyo aliento sentía en la frente y en los cabellos.

Nelly era valiente, no arrojó ni un grito cuando Juan por su falta de habilidad le pellizcaba la piel, sino que lo ayudaba sonriendo. Comprendería lo que estaba pasando en el alma del marino? Al fin se retiró ruborosa sin esperar el último botón porque lo cubría, dijo, la manga; fué al espejo y se puso con una mota polvos de arroz en la cara. Luego preguntó:

—Le di á usted las gracias?

—No las merece mi falta de destreza.

—Yo soy una indiscreta que porque se me manifiesta un poco de cariño, abuso. Es verdad que estará usted aquí tan breve tiempo...

De Chalmont se acercó y le dijo riendo:

—Quiere usted que empecemos otra vez?

Y como avanzaba la mano hacia el sitio en que quedaba sin colocar el botón, ella tomó esa mano y dijo á Juan:

—Vamos á ver á papá: ya ha de haber terminado la consulta. Ansío conocer el resultado.

En efecto; el reconocimiento había concluido ya y el Mayor se había vuelto á vestir y el Doctor escribía un método que Volanabé cuidaba de ir leyendo colocado á espaldas de Lerbon.

(Continuará.)

PAGINAS DE LA MODA



FIG. 1.—TRAJE PARIENSE DE FOULARD

Lecturas para las damas.

El cultivo de las flores.

Sin duda alguna, el riego de las macetas es una de las operaciones más delicadas de este género de cultivo. En efecto la falta de agua ó el exceso de humedad pueden ser igualmente perjudiciales á las plantas.

Serán, pues, bien acogidos algunos consejos á este respecto, hoy que tantos aficionados se ocupan de la horticultura. Tienen tantos atractivos las flores, es tan interesante su vegetación, que todos, aun en las ciudades, quieren cultivarlas, en los balcones, en sus aposentos, y muchos en sus *jardíneras de sala*, ponen á prueba su competencia en el arte.

Pero hay novicios que por falta de experiencia, por más empeño é inteligencia que despliegan salen mal en su intento.

En el aspecto general de la planta, se reconoce cuándo es necesario regarla, suponiendo que no se haya fijado la atención en la superficie de la tierra de la maceta, pues cuando está seca, es señal de que hay necesidad del riego. La planta, cuando necesita riego, toma un aspecto que desde luego reconoce un ojo ejercitado. Sin estar completamente marchita, las yemas y las hojas no están como antes y si setardara mucho en regar la planta, se podría causarle graves perjuicios.

Cuando se riega una planta—bien entendido como lo aconsejo en tiempo oportuno—nunca se le debe regar á medias. Debe mojarse toda la tierra de la maceta, y para cercionarse de que esto se ha logrado, es necesario que el riego sea tan abundante, que el agua salga por la parte inferior de la maceta.

Los riegos enteros son preferibles á los medios riegos. Los primeros se hacen con menos frecuencia, y además, cuando las plantas están expuestas al sol, deben hacerse en la tarde, para que la tierra pueda embeberse bien de humedad durante la noche. De otro modo, regando en la mañana, el calor del día y el ardor de los rayos solares, hacen evaporar una parte de la humedad antes que la tierra y las raíces hayan podido mojarse bien.

Independientemente del riego, para refrescar las plantas y limpiarles el polvo que les cae, se les dá una ligera rociada con agua. Esta operación debe practicarse cuando el sol no cae ya sobre las plantas, y cuando ya se han regado las que lo necesitaban porque despues queda la superficie de todas las macetas húmeda, y no sería fácil reconocer las que necesitan riego.

En lugar de esa operación que se practica con una jeringa especial, ó con una regadera de agujeros muy pequeños, en los aposentos se refrescan las hojas de las plantas, lavándolas con una esponja muy suave.

Un punto muy importante en lo relativo al riego de las plantas, es que el agua que ha servido para regarlas, haya estado mucho tiempo á la temperatura á que están expuestas las plantas que se van á regar.

Para dar vigor á las plantas que están en macetas, en cubetas ó en cajones, se puede emplear de cuando en cuando, abonos líquidos para regarlas, pues cuando ya han permanecido mucho tiempo en la maceta, deben tener muchas raíces, pero es necesario hacerlo con moderación; porque si se emplean estos abonos en fuertes dosis, se podrían quemar las raíces.

Lecturas para las artistas

Consejos de una Prima Dona

MME. SEMBRICH Á LAS JÓVENES CANTATRICES.

El músico como el poeta nace, pero no se hace. La música no es la creación de la inteligencia sino de la imaginación y de los sentimientos; el trabajo y el cultivo asiduo forman al artista.

Muchos preguntan, la prima dona puede hacerse? No; la artista no puede confeccionarse como el traje de figurin, por el patrón. El estudiante ansioso del éxito debe llenar, como cantante, ciertos requisitos. Debe comenzar por el conocimiento extenso de los fundamentos principales del arte.

El tecnicismo de la música debe formar hábito en lugar de estudio. Debe saberse tan á fondo que nunca ocurra tener que pensar en él y por añadidura la imaginación y la originalidad son tan necesarias como las cualidades de vocalización.

La educación musical que recibí en mi juventud me ha servido notablemente en mi carrera profesional. Comencé por estudiar el piano y el violín á los cuatro años y nunca me imaginé que pudiera tener voz de cantante.

Mi padre, artista de habilidad algo más que ordinaria fué mi primer maestro hasta que cumplí los ocho, y desde entonces hasta que tuve diez años toqué ambos instrumentos en conciertos públicos. Después continué bajo la enseñanza y dirección del profesor Wilhelm Stengel que era director del Conservatorio de Lemberg, Alemania.

Como casi todas las jóvenes cantaban algo en casa, por lo menos cuando me ocupaba en trabajos agradables, y una vez que el Profesor Stengel me oyó por casualidad alabó mi voz. En otra ocasión durante uno de mis conciertos indicó á varias personas prominentes que no sólo poseía talento musical sino también una voz de timbre, y tanto me rogaron que cantara que al fin tuve que acceder.

Después de algunas piezas escogidas, alguien hac'éndose eco del Profesor Stengel dijo que yo debía estudiar el canto. Por entonces pasé á Viena para estudiar el piano con Liszt y mientras tanto tomé lecciones de vocalización con Mons. Roukkanaki, y después de algunos meses pasé á Milán bajo la dirección de Giovanni Lamperti.

El canto ahora es mi arte; para él vivo y todo lo demás me atrae muy poco. Poco tiempo después fui á Londres donde concluí mis estudios con Francisco Lamperti, padre de Giovanni, haciendo mi debut en Dresden.

De este resultado se infiere que mi educación musical fué completa ó que por lo menos adquirí los requisitos necesarios para comprender y dominar los trabajos más difíciles. Mi consejo por lo tanto á todas las que desean alcanzar



FIG. 2 ESPALDA DEL TRAJE DE FOULARD FIG. 1.



FIG. 3.—TOQUETA DE DUELO



FIG. 4.—TOCA DE DUELO.



FIG. 5.—SOMBREIRO E-LA

La hidroterapia y la tisis

Según afirma Winternitz, la hidroterapia es uno de los mejores medios preventivos de la tuberculosis en todos aquellos á quienes la herencia ó una complexión enclenque hacen fácilmente tuberculizables.

Y añade dicho autor, que la terapéutica está siempre desarmada contra enfermedad tan temible. Los medios higiénicos únicamente pueden utilizarse con algún éxito y entre esos medios es preciso colocar en primera fila la hidroterapia fría.

El agua fría puede calmar la fiebre, hacer desaparecer los sudores, moderar la tos y la expectoración y produce, en fin, favorables modificaciones en el estado local.

El médico sueco Aberg, gradúa de este modo el empleo de la hidroterapia en la tisis:

1.º Fricción muy lijera con la esponja, esprimiéndola sobre la nuca, la espalda, la cara y el pecho. Esta fricción se hará por la mañana primeramente, y más tarde se repetirá dos ó tres veces por día, teniendo cuidado de no esprimir la esponja sino moderadamente.

2.º Leciones sobre las mismas partes del cuerpo con regadera.

3.º Baño completo de duración muy corta.

Lo especial del método de Aberg es la temperatura del agua empleada. Este médico recomienda hacer uso del agua tan fría como sea posible á 0º para las fricciones, á 7º para el empleo de la regadera y á 18º para los baños. Los febricitantes soportan muy bien estas bajas temperaturas, contra lo que pudiera suponerse.

Winternitz recomienda el empleo de agua de 7º á 8º para las lociones.

(El Mes Médico, de París.)

RECETAS UTILES

POMADA CONTRA LAS ARRUGAS DE LA CARA

Interin llega el día en que los hombres y también las mujeres, seamos siempre jóvenes, hermosos, tersos y robustos; interin algún afortunado perfumista invente un potingue que oponer á la acción destructora de los años, he aquí una pomada que si bien no resuelve por completo tan interesante problema, puede cuando menos producir cierta ilusión borrando alguna arruga de la cara.

Fundir á fuego suave 30 gramos de cera blanca, á la que se le incorporarán sucesivamente, mereando, y batiendo la mezcla, 60 gramos de jugo de cebolla ó bulbos de lirio blanco, estraida por expresión, y quince gramos de miel de Narbona ó muy buena miel, perfumar añadiendo 12 gramos de agua de rosas.

Se emplea por unción, todas las noches dándose en la cara.

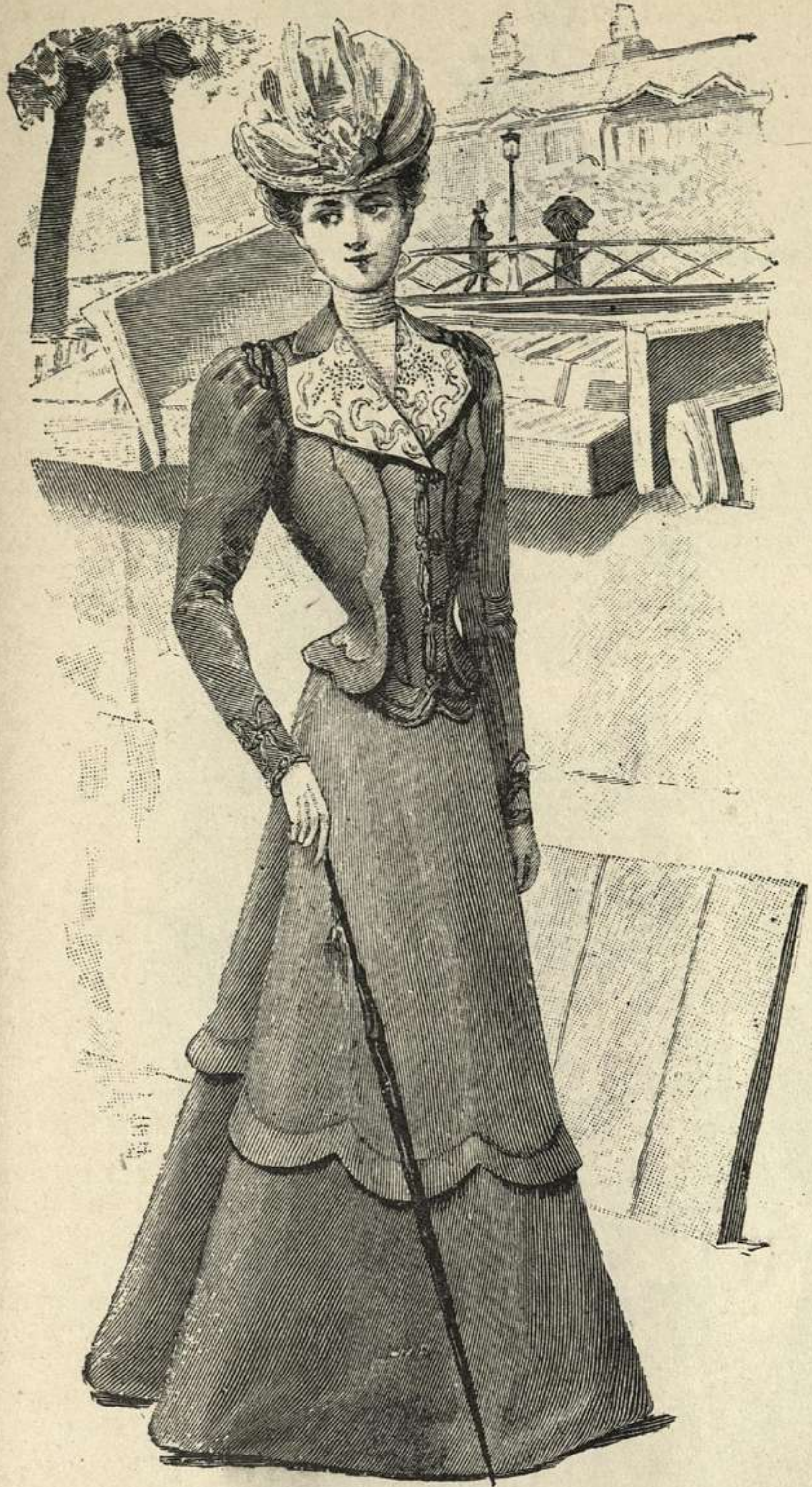


FIG. 6—TRAJE FRANCÉS ESTILO SASTRE

el éxito en el arte, es que se procuren igual conocimiento.

La condición esencial del éxito y la consideración muy especial que deben tener presente las que estudian, es aceptar las enseñanzas de sus profesores. Lo original que exhiban dará oportunidad á los profesores para fijar la voz, la cual si no queda en su propio tono se cansará en la mitad del tiempo que debiera conservarse. La voz por naturaleza se fija á menudo por sí sola y entonces todo lo que se exige es un buen profesor. A su elección debe concurrir más cuidado del que se piensa porque los resultados dependerán por completo de los métodos que se adopten en la enseñanza.

La mejor edad para comenzar los estudios de canto es la de diez y seis años y entonces solamente bajo la dirección del profesor. Debe ponerse una atención esmeradísima en el arte de respirar, porque el aliento le es tan necesario á la cantatriz como el agua al buque.

Hay que meditar en los pasajes que se van á cantar y crear los sentimientos que debe haber dominado el corazón del autor. pues de este modo solamente puede infundirse la expresión, desde el instante en que cada modulación de la voz obedece directamente al esfuerzo mental.

Mucho es lo que ayuda el conocimiento de varias lenguas, con especialidad la italiana que por su eufonia presta á la vez un encanto más y la hace exhibir sus mejores tonos. Para cantar en alemán se requiere un conocimiento perfecto de la enunciación de la palabra, pues este idioma requiere más expresión. El francés debe estudiarse también. La cantante no debe cantar sino aquello que está escrito, porque una vez que abandone su esfera pierde sus mejores notas.

La cantante que se mete á cantar pasajes escritos para soprano arruina su voz á tal punto que hace peligrar su durabilidad. No veo la razón para que la que use su voz con inteligencia y con las debidas precauciones no la retenga en toda su fuerza, pureza y dulzura durante diez ó veinte años, quizás toda la vida. Por ejemplo: tómese la voz de la Patti, de la Albani y la Nilson, artistas que han alcanzado la edad madura y que sin embargo conservan el campo con aceptación bien general. ¿A qué se debe esto? Simplemente á que en toda su carrera hicieron uso de su voz de un modo adecuado sin abusar en lo más mínimo.

La habilidad de cantar bien no se conquista en una batalla; es una lucha larga; pero mientras más lo sea, mejores son los beneficios. La voz es como una pieza de maquinaria, que puede descomponerse, por lo que no debe usarse continuamente.

Basta con que se cante ocho meses al año y dedicar al descanso los cuatro meses que sobran.

En estas vacaciones que tomo anualmente, me divierto, descanso, pero no abandono el estudio y dejo de continuarlo sólo seis ó ocho semanas. He seguido practicando el piano y el violín y aunque nada más toco por distracción, no deja de enorgullecirme las fuerzas que tengo sobre ambos instrumentos.



FIG. 7—TRAJE SASTRE DE PAÑO NEGRO

Por la mañana se enjuga con un lienzo seco antes de lavarse.

Las mujeres de Suecia emplean para conservar el cutis fresco y sin arrugas el siguiente procedimiento: Toman 125 gramos de miga caliente de pan de centeno, cuatro claras de huevos frescos y medio litro de vinagre de vino, lo cual mezclan y baten durante un buen rato, luego lo pasan á través de una tela esprimiéndola, y se lavan la cara durante tres días con esta mezcla.

COLD-CREAM DE FAMILIA

Compra en la botica ó en casa el droguista. Aceite de almendras, reciente..... 100 gramos. Cera blanca, nueva..... 10 " Blanco de ballena, fresco..... 10 " Fundir la cera y el blanco de ballena al baño María con el aceite de almendras; aromatícese con un agua aromática destilada, un alcoholato ó esencia cualquiera.

Se guarda en bote ó en frasco. Este cold-cream es de confianza; da buena brillantez y suavidad al cutis sin atacarlo ni ajarlo.

Nuestros grabados

FIG. 1—TRAJE PARISIENSE DE FOULARD. Es de foulard en satín Liberty. Campo blanco figurado.

El efecto del traje es plenamente princesa. El cuerpo es de pleno foulard con el otro material superpuesto.

Los volantes que rematan la falda son de una suprema elegancia.

FIGURAS 3, 4 y 5.

Damos bajo estos números un hermoso sombrero y dos tocas de duelo de elegante y sencilla factura.

FIG. 6—TRAJE FRANCÉS ESTILO SASTRE.

Es de paño ligeramente azargado y claro. Cuerpo jacquet con chaleco figurado que cierra un cordón de seda con alamares.

Solapas cubiertas de raso blanco con bordados de seda en guías.

Plastrón de muselina de seda blanca acordeón. Falda lisa sin más adorno que un volante circular del mismo género.

FIG. 7—TRAJE SASTRE DE PAÑO NEGRO.

Tiene un jacquet corto y estrecho severamente ribeteado en las dos alas con cinta de seda. La misma cinta orna la falda completamente sobria y el extremo inferior de las mangas.

Las solapas están doublés de seda blanca.



FIG. 8—TRAJE PARISIENSE DE CUPÉ

FIG. 8—TRAJE PARISIENSE DE CREPÉ.
 Los trajes de crepé están muy de moda este verano. El que ofrecemos á nuestras lectoras es de crepé beige con aplicación de cadeniña en la forma que se ve en el grabado.
 La falda lleva el bordado en el borde inferior y á la izquierda en una hermosa aplicación.
 El cuerpo tiene forma de blusa al frente y se abre sobre un hermoso yoke de gasa blanca.

FIG. 9—CORSAGE NIÑA.
 Ligeramente ablusado adelante y tendido detrás con tres fruncidos en el talle y de seda brochée gris pero con bouquets pompadour, cruzada delante y ornada de triple ruché bucleada de muselina de seda crema, encuadrando un plisé de seda gris perla.
 Triple ruché bucleado también doblando el cuello y ornando el remate inferior de las mangas.
 Cinturón de seda gris perla anudado á la izquierda.
 Este corsage puede llevarse con una falda de la misma tela



FIG. 9—CORSAGE NIÑA

FIG. 10—CORSAGE MARGARITA.
 En drap de seda con pequeñas basquiñas triangulares, abierto en el centro en rombos sobre un plastrón de terciopelo guarnecido de botones de oro.
 Revés y cuello Valois en satín blanco con galones oro. Mangas justas del mismo género. Cuello y corbata de muselina.

FIG. 11—DOS MODELOS
 Gran aplicación de punto de seda en el primero, sobre satín rosa, leve, formando un entredós del mejor

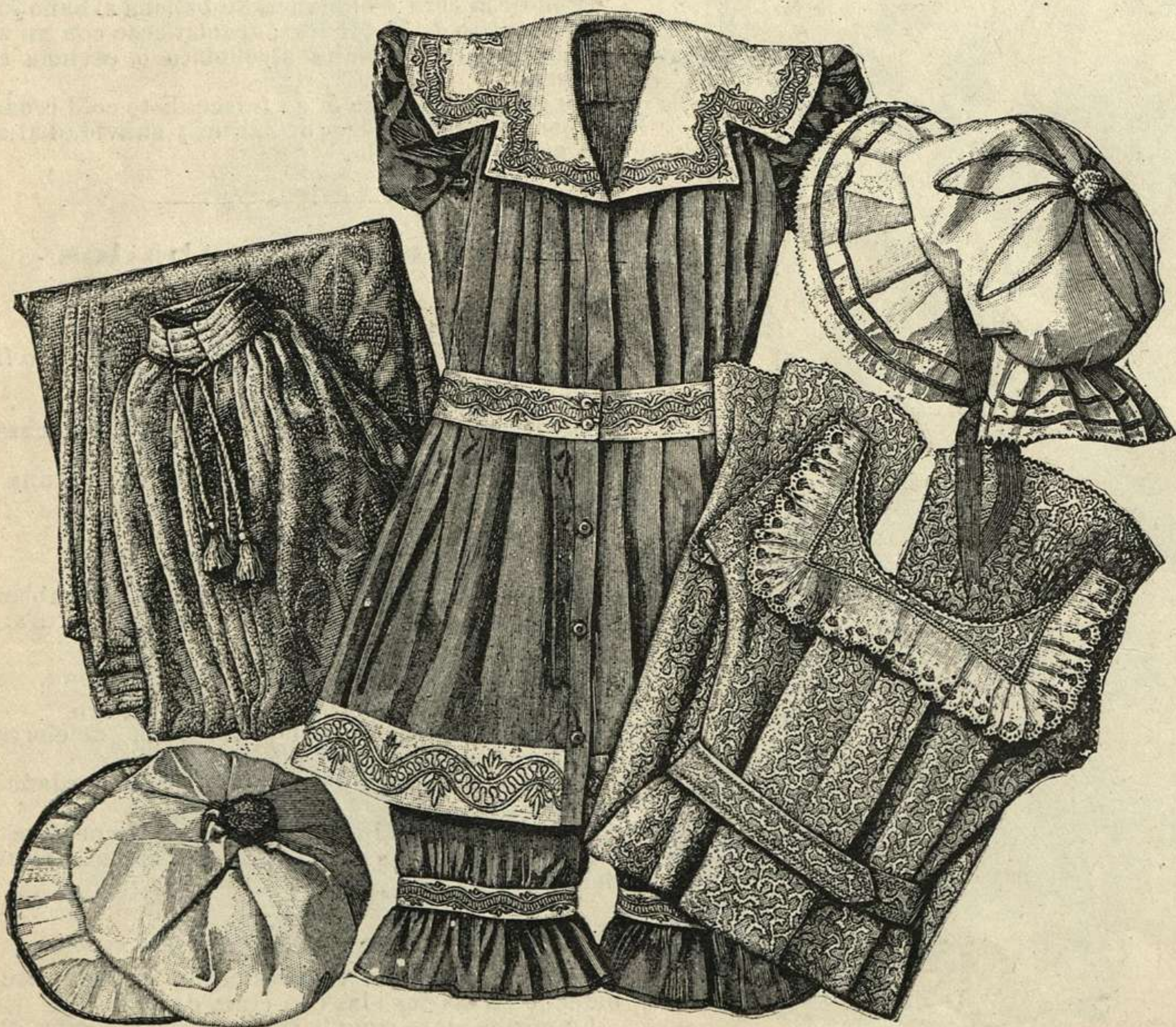


FIG. 11—DOS MODELOS

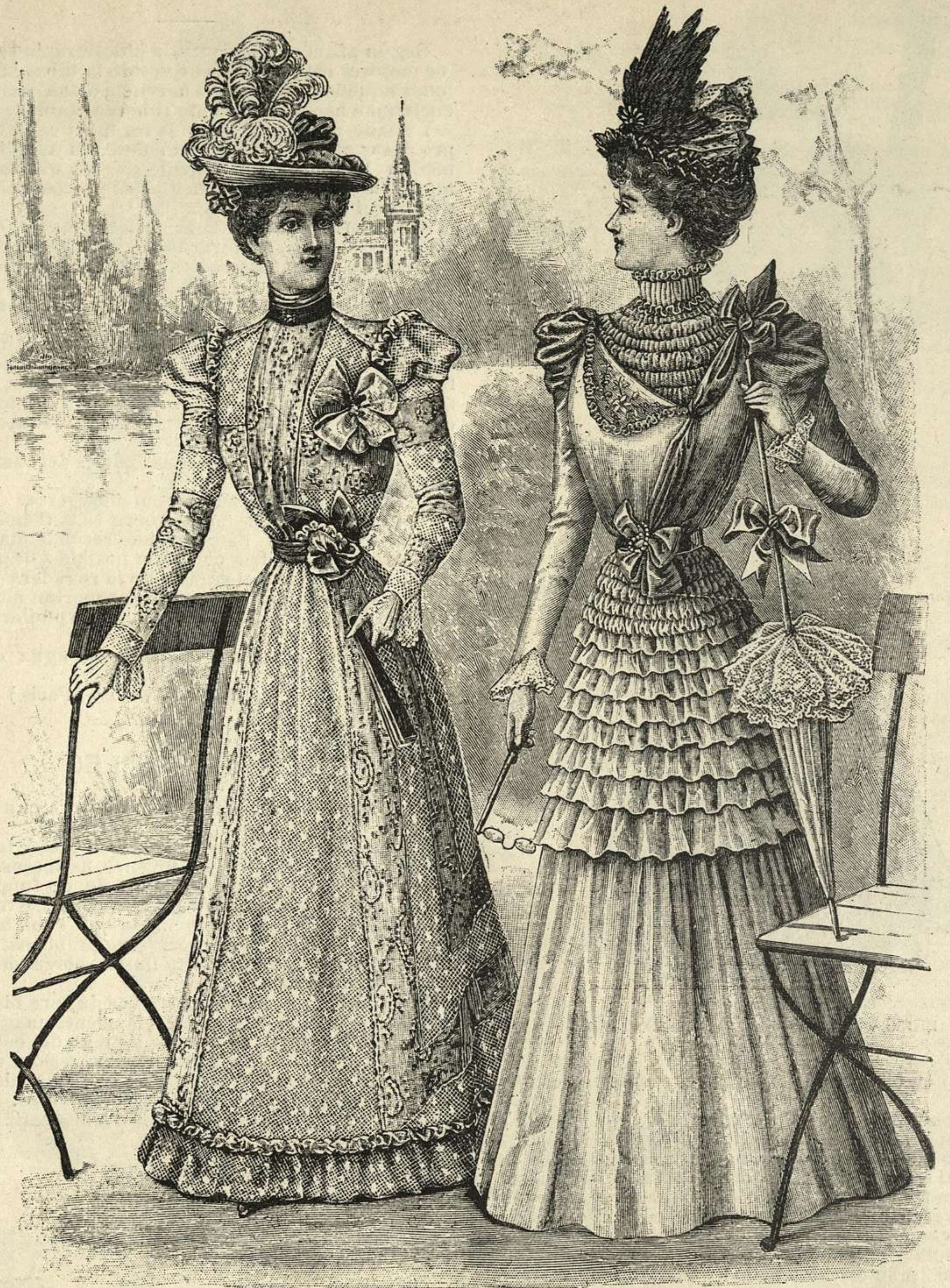


FIG. 12—DOS MODELOS

gusto; en el segundo gran plastrón de plisé y aplicación también consistente en volantes decrecientes. Todo de satín.

FIG. 12—TRABAJOS PARA LAS DAMAS.
 Una nueva colección donde se hallarán los más graciosos modelos para niños.



FIG. 10—CORSAGE MARGARITA